

Sobre la muerte, el amor y otros sinónimos



Ronal Molina

PRÓLOGO

Un prólogo le sirve a uno para justificar lo que escribe y al lector, para orientarse en la lectura o para el goce la misma. Veamos, ¿Justificar lo que uno escribe? ¿Por qué? ¿Cómo hacerlo? ¿Cómo no convertirse en un maldito egocéntrico en el proceso? ¿Cómo no mentirle al lector y luego hasta terminar creyéndose sus propias falsedades?

Ninguno de los cuentos que aquí se encuentran fue escrito por encargo. Probablemente, tampoco haya experiencias maravillosas que los hayan inspirado, o reflexiones valiosas de vida, ni historias tristes de vida. El objetivo de la orientación no lo pretendo, prefiero el extravío como camino alternativo para hallar el final del libro. El goce literario dependerá, principalmente, de la tolerancia del lector y el espacio temporal en que se lean o releen estos relatos.

Los 30 cuentos y micro cuentos que aquí se encuentran son una selección temática que debería reflejar mi percepción frente al amor y la muerte. ¿Qué relación maravillosa eh? Pareciera que estos dos paradigmas lo abarcan todo, que nada escapa a sus designios. Habrán irreverentes que afirmen poder vivir sin amor, pero creo que no se trata ni siquiera de una elección, el amor está en el aire y lo respiras, se trata de la vida misma; sólo un

elemento de la existencia para algunos, y un “todo” para otros. En mi opinión, no se puede elegir prescindir de esta sensación, menos huir ¿A dónde? De la muerte ni hablar, es una cita ineludible, la fascinación que ella genera está presente en todas las manifestaciones artísticas, el halo de misterio e incertidumbre que la envuelven ha generado miles de conjeturas, de canciones, miles de poemas e historias. La muerte es una fuente abundante de inspiración, y tarde o temprano, deséenlo o no, sedientos y anegados terminarán bebiendo de ella.

La enseñanza de la literatura es un reto, el mero concepto se antoja erróneo ¿Cómo enseñarle a alguien a leer a los grandes autores? ¿Podemos hacer algo más que sugerirlos y actuar como guías para los estudiantes? ¿Cómo insinuarle a un alumno que a través del estudio de los referentes teóricos centrados en la estructura del texto se puede llegar a entender la visión de mundo que, por ejemplo, Jorge Luís Borges nos presenta en sus textos? En la contemporaneidad, basado en el testimonio de algunos maestros que tuve a lo largo del pregrado, la experiencia de mis compañeros y la mía propia, uno puede testificar que la enseñanza de la literatura es casi una utopía, una utopía que nos invita a seguir tras de ella sin claudicar, nos invita más, y ese es un lindo norte, a amar la trama más que el desenlace, como dice el cantante uruguayo Jorge Drexler.

Tenía claro desde hace un par de años que mi proyecto de grado debía ser un ejercicio narrativo, un libro de

cuentos que recogiera mis experiencias, sueños y divagaciones como persona, estudiante y maestro; como habitante bizantino de la metrópoli o miembro pasivo de la sociedad, que es la misma vaina. Al ser un ejercicio literario, y si este supone la apertura de una ventana a la fantasía, podía otorgarme una pequeña licencia; deformar el entorno a mi antojo, manipular la realidad para presentar el modo en que percibo el mundo.

Lo que desconocía entonces era la manera de darle al libro un enfoque pedagógico sin alterar la esencia de las narraciones, sin cercenar o modificar los escritos buscando las formas y el lenguaje apropiado para que se adaptara a las necesidades, posibilidades y gustos de mi población objetivo, en ese tiempo subestimaba las capacidades y saberes previos de mis estudiantes, los percibía inocentes, ignorantes y ajenos del mundo en que vivían, pero pronto comprendí que se trataba de un error, ellos tenían mucho que enseñarme y serían, a través de su participación activa, fundamentales en la elaboración de este producto final.

Las primeras preguntas que dieron lugar a este libro fueron ¿Qué le gusta leer a los adolescentes? ¿Qué detestan leer? ¿Qué los motiva? ¿Qué opinión en términos generales tenían acerca de la lectura? Quise averiguarlo a través de un diagnóstico simple de preguntas cerradas y argumentativas que realicé durante los espacios de clase en los cursos superiores del colegio San Juan de Ávila, donde laboro como profesor de Español hace tres años, y los resultados fueron

desoladores; si en mi época estudiantil, los adeptos de la lectura éramos pocos, en gran parte debido a la imposición de los libros y no a la invitación desinteresada del disfrute de los mismos, los estudiantes de décimo y once grado opinaban que preferían casi cualquier medio de entretenimiento audiovisual a sentarse a leer un libro -una cuestión de cultura profe, no se preocupe que eso siempre ha sido así- me informó un colega de la institución, pero sus percepciones no influyeron en mis ambiciones. Soy un fiel convencido de algunos preceptos pedagógicos a la hora de la enseñanza literaria (me referiré a ella así por fines prácticos) y la animación y promoción de la lectura:

En primer lugar, me gusta entender la lectura como un hábito maravilloso pero voluntario. Un docente no puede forzar la lectura de un texto que no es del mínimo interés del estudiante, ni someterlo al cumplimiento de su voluntad amenazando con una nota negativa en la asignatura o un cambio de actitud con el alumno. Y si el estudiante cediera ante el chantaje, los resultados serían desastrosos. La segunda pregunta de mi prueba diagnóstica con mi población objetivo fue:

¿Cuál fue el último libro que leíste y qué tipo de impacto generó en ti? Argumenta tu respuesta”.

Los estudiantes contestaron de manera heterogénea pero su percepción fue casi unánime. Básicamente, los que recordaban el título, no recordaban casi nada del contenido del libro por haber acudido al resumen o

porque las dinámicas de evaluación y control de mi antecesor se centraban demasiado en el autor (datos biográficos, movimiento literario al que perteneció, publicaciones, premios, etc.) y poco en la obra, también porque simplemente, el género impuesto no se acercaba a sus intereses.

El segundo de mis preceptos es que la lectura también puede ser un acto colectivo, escribo “puede” en vez de “debe” para tratar de matizar el canon y no acercarme a las verdades absolutas a las que tanto temo. Al docente le corresponde dar doble ejemplo del arte o interés que intenta proponer en los estudiantes, el primero de los ejemplos que debe dar es el de leer con sus estudiantes, leer en voz alta y demostrar que domina la entonación correcta de cada tipo de texto, que vive cada línea con entusiasmo y logra transmitir y contagiar de la misma a quien lo escucha, también, luego de una lectura mental o independiente, se debería socializar la apreciación de quien desee tomar la palabra, con esto me refiero a que la lectura en el aula, o sugerida desde el colegio, debe vivenciarse, sentirse; debe ser un punto convergente de distintas maneras de pensar el mundo. El segundo de los ejemplos, que quizá motivó en mayor forma este libro, es demostrarles a los estudiantes que la escritura literaria no es un fenómeno distante a sus realidades, a ellos mismos; que cualquiera puede escribir literatura si así se lo propone. Al principio, era muy común escuchar en los ejercicios de producción textual frases de los estudiantes como “yo no sé escribir” “yo no puedo” “no sé cómo

empezar” “no quiero que se burlen” entre otras tantas de similar índole, puesto que tenían a los escritores en un pedestal inalcanzable, lugar superior al que incluso algunos no querían llegar puesto que no le encontraban una justificación distinta a la académica para escribir. A sabiendas de ello, he intentado demostrarles que si el profesor, una persona ordinaria a la que ven y escuchan entre semana, puede escribir cuentos, ellos también pueden lograrlo, y también darles a entender que la escritura literaria puede ser un medio extraordinario para representar su entorno, sus anhelos, necesidades, sus verdades, o cualquier cosa que tengan que decir.

El último de mis preceptos es que el estudiante puede ser quien elija qué leer, cuándo hacerlo, he incluso cómo ser evaluado. El colegio San Juan de Ávila había trabajado tradicionalmente con dos editoriales muy reconocidas en el ámbito literario, el profesor de español escogía la obra de su preferencia, daba un plazo para que los estudiantes la leyeran y al final del mismo evaluaba de la manera habitual, ésta podía ser una evaluación escrita que exigía la mención específica de hechos, personajes de la historia, espacios y tiempos específicos; nunca el discernimiento del alumno. O la tradicional y poco útil exposición en carteleras inertes.

Los cambios que he realizado en el plan lector de bachillerato de la institución son los siguientes: Para empezar, he incluido dos editoriales más en el colegio, resultando una distinta por periodo, para brindarle a los lectores del plantel más alternativas temáticas, de autores

y géneros narrativos (líricos incluso). En segundo lugar, le he dado los catálogos a los estudiantes para que se antojen con los distintos títulos y sinopsis del menú, los he invitado incluso a que pregunten a terceros acerca de la calidad de uno u otro autor poco conocido para que lean lo que se les antoje leer.

Pero no me he quedado apenas en la apertura de posibilidades y la libre escogencia, también he entregado a mis alumnos las llaves de la evaluación. Al inicio del año escolar propongo un par de métodos de trabajo y los alumnos proponen muchos más que consideren agradables y beneficiosos para su valoración, al final eligen cuatro métodos o estrategias de trabajo, uno por periodo, entre ellos están (aclarando que varían según el grado en que se encuentren) métodos de sustentación durante y al final del periodo como los cortometrajes, las obras de teatro, los conversatorios, debates, ejercicios virtuales contemporáneos, elaboración de caligramas, juegos de roles, forja de historietas y caricaturas, graffitis, canciones, entre otros. De este modo he asegurado que también la forma de trabajar alrededor del libro, sea de su completo agrado, aumentando la responsabilidad y la participación en las mismas. A través de estos tres pilares he intentado mostrarles una forma distinta de acercarse a los libros. Hasta entonces, ha sido supremamente exitosa.

Volviendo a los cuentos que integran esta selección temática, los he utilizado dentro de las horas de lectura generales del colegio, que tienen lugar dos veces al año, dentro de los espacios fijos de la asignatura e incluso en

los exámenes semestrales; como alternativa a las lecturas tradicionales. Los resultados fueron bastante alentadores, al menos en los comentarios de los estudiantes que respondieron a la temática y el tratamiento de los cuentos con mucho entusiasmo. Unos han sido complementados con exámenes tipo Saber, otros haciendo uso de la herramienta “lectura predictiva” que invita a los estudiantes a escribir el final de una narración inconclusa o un paralelo de la misma (el cuento “La búsqueda” incluido en este libro es un ejemplo de ello), otros, simplemente sólo los hemos leído, socializado y criticado en clases.

Estoy convencido de no ser un buen escritor aún, pero anhelo serlo algún día, para ello estoy trabajando, mientras tanto estas narraciones me sirven para seguir conectado al mundo que en ocasiones se me antoja conveciente y difícil de entender, para expresarme, para recrear mis divagaciones y principalmente, para afectar de manera positiva a quienes, como mis alumnos, se acerquen a estos cuentos, para reiterarles que sí se puede y que sólo basta con intentarlo.

La Cita

I

Hay una mujer sentada en el andén de una calle poco transitada esperando a un fulano al que no le ha puesto cita.

Este pelafustán ignora que lo aguardan, aunque debería sospecharlo, pero su poca perspicacia y el nefasto recuerdo de otra fulana lo han sumergido en un escenario paralelo donde nadie más importa o existe. Aunque esté despierto se sueña caminando de noche en una calle desierta y sin luna donde su fulana lo espera paciente y distraída. Mientras camina atravesando lentamente las vías una y otra y una y otra y la misma y una y otra vez intenta abrazarla, siempre lo intenta pero no puede, no la merece; entonces despierta y usualmente alguien o muchos le observan fijamente, temor inspira, burlas produce, lástima a veces. El consenso popular concluyó que es un gandul muy raro. Le sucede varias veces al día, de sus noches mejor sería no escribir nada.

Esa mujer que espera en el andén ata y desata los cordones de sus tenis como historias en su mente, liberar sus anhelos siempre será sencillo; como abrir las jaulas del palomar; pero atarlos no. ¿Cómo atraer a ese intento de hombre cuya mayor cualidad es la de hacerse el

imbécil? No es usual que fume, pero hoy tiene un motivo, fuma. No es usual que espere y menos a un indolente que no sabe que lo esperan, pero espera.

Este cretino (que en realidad se llama Alfonso) se encierra en su cuarto y se cree el protagonista de Noches Blancas en la última escena, le pareció que de pronto su cuarto envejecía, que todo se ajaba; las telarañas agrandaban su dominio. Su fulana, como Nastenka (aunque su nombre es Telma) prefirió a otro sujeto y Alfonso sueña que esta vez sí podrá abrazarla pero despierta frustrado.

La mujer del andén (que se llama Hanna) es testigo de cómo las brumas empiezan a devorarlo todo, en sus fauces duermen apacibles e inofensivos, los malditos, los desamparados, ignorados, invisibles hijos bastardos de la noche. Pronto despertarán hambrientos, pronto buscando sexo y cigarro, mirando de reojo, buscando dinero, piratas sin vocación, en su menú está escrito el nombre completo de Hanna; su verdadero nombre, el que le dieron sus padres (que no debe mencionarse) Hanna en el menú es tan sólo un entremés. Debo confesarte Hanna que quisiera comerte pero prefiero ceder tus carnes a los canallas y que sean ellos quien te brinden el dolor que mi prudencia (pávida o no) no puede ofrecerte. Que sean ellos quienes beban del caño de tus ojos y no conozcas por mi cepo el sufrimiento.

Podría insinuarme temeroso de que envejeczas y mueras en el vano y tedioso intento de esperarme, pero prefiero

matarte aquí y ahora, no sin pena, no sin estrujones en la conciencia, pero sin vacilar. ¡Matarte aquí y ahora! Pero no para siempre ¿Cómo hacerlo?

Alfonso despierta más dormido que de costumbre, sudando mucho, sudando frío. Tres copas de vodka no sacian su sed, sin que medie una razón coherente entiende que lo esperan, que tiene cita programada en su agenda desde que el mundo le brindó su luz, tiene cita y llegará muy tarde, está convencido de que Telma es quien lo aguarda pero no imagina que Hanna y el destino también lo esperan en el mismo andén.

II

Hanna es abordada por el primero de los bastardos que le ofrece su guitarra, ella piensa que algo de música le hará bien mientras espera y entona canciones incompletas tan nocivas como el amor, tan lejanas como el grito gallardo de Wallace antes de ser decapitado y tan sentidas como las espinas que tienen las rosas salvajes de la cuenca amazónica. Incinerar tu recuerdo en un cigarrillo, dar respuestas ilusas a interrogantes tan graves como ¿Qué hago ahora contigo? O preguntarle cada noche a los fantasmas que habitan mis bares ¿Cuándo vuelves a casa?

Por fin se marcha con su guitarra y Hanna se acuesta en el andén agotada.

El segundo de los bastardos (que es el peor) pasa y casi sin detenerse ni mirarla le pregunta ¿Qué hora es? Y Hanna desafiante responde:

-El tiempo es un problema del hombre, no sé de espacio ni distancia, es la hora que me da la gana y el reloj que llevas en la muñeca parece fino ¿no? ¡Lárgate!

-O sea que no sabes qué hora es -replica el bastardo.

-Eres esclavo del tiempo, temeroso de su paso, a mí no pueden tocarme los días, los mandatos metafísicos fueron inventados por los hombres y a fuerza de repetirlos, de creerlos y de venerarlos se hicieron reales, yo no obedezco a la lógica ni a la razón, en mi mundo no eres más que un anciano lastimero con un *Rólex* descompuesto en la muñeca.

El bastardo la mira y con la cabeza gacha le dice: -No entiendo por qué me reprochas, sólo te pregunté si sabías qué hora era, ha de ser que no la sabes o peor aún; la sabes.

Hanna entiende el mensaje por fin y se deshace en llanto, trata de esconderse en su saco de lana tan colorido pero el bastardo que aunque casi todo el tiempo ha estado de espaldas ya se dio cuenta.

-Vamos entonces –susurra sin voltearse.

-Adelántate por favor que no tardo- responde resignada mientras se limpia los mocos. Hanna acepta con la ira

entre los dedos que aunque no usa reloj, ha llegado la hora de marcharse.

Alfonso bebe de un sorbo el vodka restante, enciende la camioneta y con algo de prisa se lanza a la calle, sonrío ilusionado pues su intuición le avisa que hoy por fin verá a Telma, hoy tendrá por fin el valor de tocarle el hombro por la espalda y decirle que no la olvida, que lo intenten de nuevo, que si acaso ya tiene a otra persona será su amante, que lo perdone; que él la perdona, que diga si sí o si no, o que quizá en la otra vida, que él la espera, que le diga algo, lo que sea... ya está olvidando su voz.

Hanna se incorpora sin convencimiento y mirando hacia el suelo emprende el camino de regreso.

III

Apenas ha avanzado unos metros y la voz de otro maldito empieza a inundarla. Decide que lo mejor será pasar sin mirarlo, únicamente le descubre unos zapatos verdes muy desgastados recostados sobre el poste de luz, esa voz, esa voz; nunca la ha escuchado pero le es tan familiar. Está declamando algo, es ese tono, esa voz ¡Esa voz!

Quiere quedarse y lo hace; sabe que por ello no verá la luz de la mañana siguiente, que está bien advertida, pero a pesar de que odia la poesía, estos versos hablan de ella, son certeros, nunca escuchó algo así, tan extrañas son sus frases, tan mágicamente pronunciadas. Entiende que en ese andén la parca le guarda el espinazo y han de restarle

pocos minutos, el canalla del Rólex que esperaba en la esquina así también lo entiende y se marcha impotente, tristísimo.

Hanna no levanta la mirada, permanece indómita, anestesiada, observando la sombra proyectada de aquel demonio que con ademanes absurdos acompaña su performance.

¡Anda vaga! Que la noche es más.

Habla ahora que casi te conoces.

*Cómo vas a estar sola si hemos llegado con luz de luna,
abordándote por la diestra tu mala suerte y
la melancolía por la siniestra que te soba,
cuelgan de tu espalda mil y dos frustraciones,
nosotros demonios que como estrellas te rodeamos y
algún sueño voyerista que quizá te observe de lejos.*

Estamos hacinados en este andén

y pronto habrá de agotarse el aire.

¿Cómo puedes sentirte sola? ¿Cómo diablos?

¡Anda vaga que no hay tiempo para adioses, no hay mañana!

Entrégame tus memorias inconclusas y

bebe de mi copa carmesí la agonía que sazona tu muerte...

Hanna absorta, anestesiada retrocede un poco, con la cabeza gacha aún escucha y resiste intrigada las ganas de verle la cara a este bastardo magnífico, no podría tolerar un rostro distinto al que ya dibujó en su mente. No mira.

Alfonso y su poco ingenio se detienen en un semáforo y le compran a un niño desamparado una rosa rosa, piensa que éste presente tan convencional será suficiente para arrancarle a ella una sonrisa, tal vez Telma aprecie su aroma y con los ojos cerrados lo invite a besarla.

La sombra del bastardo ya abraza a la sombra de Hanna, ahora le susurra historias fabulosas de ciudades enteras que se sumergen en la arena, del rey que resuelve acertijos imposibles a un espíritu burlón, de preguntas en la botella que recorren el océano buscando a quien tenga la respuesta correcta.

La luz del poste se apaga de repente y el bastardo ya sin sombra parece una alejándose sin despedirse y dejando un cuento inconcluso, Hanna lo sigue con la mirada hasta que se pierde. Sonríe.

IV

Alfonso rechazó hace algún tiempo la invitación que el destino le hizo a enamorarse de su entorno, mujeres como Hanna le han ofrecido su oído, su beso y su noche, pero él amablemente ha dicho que prefiere la agonía tortuga, que aunque duele, le brinda un placer insólito; no a la carne, de esos abundan, a la existencia. Se mudó a un paraje desierto donde sus absurdos complejos no molestan a nadie, eligió sus sueños y el recuerdo de Telma en lugar del mundo real tan hipócrita, superficial, tan predecible. La decepción que le producía lo humano pronto se convirtió en odio y camina apretando los

puños. A veces encuentra consuelo en la música (o se esconde en ella) cuando pasa, la gente opina que Alfonso está de buenas, mmm la gente.

Aprendió de la experiencia popular que si no esperas absolutamente nada de la vida puede que la misma te brinde un momento extraordinario de bienestar, una sensación casi cercana a la felicidad que dé sentido a la existencia. Alfonso ya lo tuvo y se lo brindó Telma, que es demonio, igual que él. No importa cuán efímero fue o cuánto dolor ocasionó su adiós y soporta todavía, reconoce con sorpresa que bastan las palabras de sus ojos de gata para destruir o cambiar rotundamente su vida que creyera suya e inalterable, sabe que probablemente sería feliz al lado de Hanna pero de seguro la haría desdichada, ves que ahora no puede ser fiel, ni cariñoso, folla con desgano, es egoísta, introvertido y sus ganas de vivir se agotan. Acelera.

Hanna observa con temor como dos bastardos del otro lado de la acera la señalan y se aproximan con cuchillo en mano y mirando a los lados. No le teme a la muerte; ella eligió su destino. Siente pánico al pensar que sus verdugos le roben la poca luz que le queda y Alfonso no haya llegado a la cita. Mientras el puñal le roza el cuello y entrega sus pertenencias con altivez piensa en si acaso, de este modo termina todo. Entre tanto los infames discuten si la dejan ir o la matan, si la violan por turnos o se aguantan las ganas.

Hanna, sin perder la calma recuerda y vive, gira la cabeza buscándolo ¿Qué le va a decir cuando lo vea? ¿Revelarlo todo o reprocharle su tardanza? Supone que los besos de Alfonso saben a ponche e imagina esa lengua perforada arañándola.

Han decidido abusar de ella antes de matarla, pero será en otro lugar, Hanna se lanza al suelo y empieza a patear, a chillar ¡Qué le hagan lo que quieran! Pero que no la muevan de ese sitio, que espera a alguien. Los bastardos empiezan a llevarla en rastras mientras la insultan y escupen.

Alfonso toma la calle 90 velozmente y divisa a Telma al final de la misma, tan linda, orgullosa y elegante como siempre, con los codos pegados a las costillas y saltando como la caperucita, toda vestida de negro, salvo la chalina y los aretes morados. Una mirada demasiado triste para ese rostro felino, Alfonso hace caso omiso a los ademanes de un grupo de sacrílegos que forcejean tumbados en el suelo al lado de su Hanna.

Los infames salen huyendo al escuchar el fiero crujir de la camioneta que toma la curva y se dirige involuntariamente hacia ellos como rayo. Todo ocurre apenas en unos segundos pero Hanna alcanza a reconocerlo, a vivirlo. Intenta peinarlo con los dedos, sacudirse la ropa, posar para él. Entre tanto Alfonso observa como Telma lo descubre y se oculta sigilosamente tras de Hanna, seguro está agazapada y al primer intento escapará; antes él no pudo detenerla pero

en esas ocasiones iba a pie y ahora lo respaldan 160 caballos de fuerza, necesita tomarle la mano y confesarse, rogar si es necesario.

Acelera a fondo cuando encarama la camioneta al andén, toca el claxon para que Hanna se aparte, pero ella no se moverá de allí por ninguna razón. Inevitablemente la arroya y luego se choca con el poste de la luz saliendo disparado por el panorámico.

Ahí está ella (Telma) tan triste y confundida, como si no entendiera qué sucede, ilesa aunque asustada. No se da cuenta que el infeliz de Alfonso agonizante estira una mano queriendo tocarla, su cara cortada en cientos es un vitral horrendo y no la alcanza. Una vida breve que se extingue miserable y frustrada. Tiene sólo un sueño de tantos que hubiera podido ambicionar y no puede conseguirlo, acariciarlo, pues se desangra. El brazo cansado del miserable se entrega impotente al cemento, muere Alfonso llorando de rabia cuando Telma se pierde en la oscuridad de la calle 90; como siempre.

A Hanna le pasó encima la camioneta y tiene la boca llena del vino de Creta; lo escupe, luego sólo lo deja salir, todo en su interior estalló y trata de girar sobre sus huesos rotos buscando a Alfonso que se está a 10 metros, sus ojos rojos apenas pueden ver la espalda de su amante que aún no ama. No lo toca pero están atados con hilos negros, no es necesario que se declare si él llegó a la cita.

- Creí que ya no venías - balbucea la princesa engañada
¡Es muy lindo que estés aquí! Hanna muere sonriendo.

Algunos curiosos llegan al lugar a presenciar con asco el final de los cuerpos, pero esta historia de tres amantes no correspondidos continuará sin duda y sin éxito en el infierno.

QUE VENÍS, QUE TE VAS...

Una canción abandona presurosa el centro de la ciudad y se pierde entre comunas pintando sus fachadas de veintiún colores ¡los que van en el metro cable opinan que alguien desde el cielo está arrojando confeti! mujeres y hombres solitarios abren las ventanas, se peinan, silban su melodía y lanzan las redes para atraparla, no lo consiguen; ella debe continuar su viaje.

*Esperaba la noche y llegó la aurora,
esperaba la vida y llegó mi muerte.
Esperaba volver y me fui para siempre.
Y vos siempre estuviste, vos nunca te fuiste.*

Alejo está fatigado pero se sonríe al abrir la puerta de cristal de la emisora, pasa, se anuncia, sube, saluda y tras una breve planeación, sus palabras saludan a los oyentes de la capital, bla, bla, bla, yo estoy checando sin mucho interés mi suscripción a la revista "El M..." Leer y escuchar la radio, hacer las dos cosas a medias.

*Llegaste de pronto, llegaste de siempre,
hay amores que nunca, que nunca se mueren.
Palabras cercanas que estoy alegre,
encuentros perdidos que aún busco sin suerte.*

No cambio el dial para evitar levantarme del sillón de cuero, es que Alejo es uno como cualquiera si habla, pero otro si canta, eso no lo sabía en ese momento. –Por supuesto, no podemos dejar que te vayas sin que antes

nos regales una de tus canciones -dice el locutor casi mecánicamente. Alejo trasforma su rostro, respira hondo, saca su guitarra y la rasga, cierra los ojos:

Que venís, que te vas, que has venido, que ya no estás...

Abandono la lectura y reclinando la cabeza escucho atento, la piel de gallina, el pie que acompaña, termina, suspiro. Suena el timbre y abandono mi estado onírico. - ¿Qué escuchas? Eres un aburrido, déjame que te ponga en onda, *the best of pop music* ¡Bah! Me sabe a mierda el cambio de género ¿Quién era ese cantautor? ¿Cómo se llama esa canción? Me esfuerzo por recordar pero ella empieza a desvestirse sin que yo se lo pida, sólo queda la tanga, es una diosa, me llama; voy.

*Andaban los días de juegos y cuentos,
tu risa perdida en otro tiempo.
Los besos recuerdo, el aroma, tu aliento,
me traen, me llevan, doy vuelta y regreso.*

Pasan tres años, Alejo nunca regresó a esa emisora (en ese momento no recuerdo que se llama Alejo) su canción sólo sonó una vez; esa vez. No es una canción comercial, por eso no la ponen, no se encuentra en ningún lado, sólo puedo tararearla. Suena el timbre y termino mi trago antes de abrir. No es ella, es sólo otra doña nadie.

*Escribiré sus nombres cerquita aquí arriba,
Y a vos mis canciones, te ofrezco mi vida.
Para no olvidar sus labios me quedo llorando,
Te doy vacilaciones y mi quebranto.*

Esa noche sueño, sueño que estoy recostado en mi sillón y Alejo saluda a la audiencia (se llama Alejo, ahora lo recuerdo) canta su canción, pero su voz es la de una mujer, despierto y estoy sólo, la canción sigue sonando en mi mente, no, en mi mente no, es afuera, corro desnudo a la ventana y me maravillo mientras un taxi se detiene frente a ella, ella que está cantando el coro.

Que venís, que te vas, que has venido, que ya no estás.

Que no voy, ya no más, que te has ido, que regresás.

Conoces la canción ¿Pero cómo? Si apenas anoche jugaba con tus pezones y parecías una mujer ordinaria, te di un número falso, o sea que no volveré a verte mmm, igual gano, tengo parte del coro y el cantante se llama Alejo. Tres días después estoy como hace tres años, sentado en el sillón escuchando a Alejo “Que venís que te vas” termina la canción, el timbre no suena, vos te asomas desde una nube y me sonríes –Sigues siendo un aburrido, déjame que te ponga en onda.

Uno sabe cuándo es momento de marcharse, puede esperarse el incierto arribo del tren en la estación o hacer de maquinista y emprender el viaje cuando se quiera. Posiblemente la muerte no sea el final del camino. Ella es una diosa, me llama; voy.

Llegará la brisa, tus manos, las mías,

un abrazo largo hasta el fin de la vía.

Estaré tranquilo, tranquilo contigo,

Nos iremos los dos... volando por el río.

LA ESPERANZA

El último trocito de esperanza del mundo quedó atrapado por error en la pezuña de un cerdo que sería convertido en lechona al día siguiente y ni con este tesoro entre las patas pudo escapar de su destino.

El uñero del marrano se usó para hacer uno de los chorizos que todas las noches vende “El Paisa” en un localcito que tiene arrendado en el centro. No ha vendido nada y cuando llegan a robarlo, los malandros se enfurecen al hallar la caja registradora casi vacía y lo matan de un solo balazo en la frente. A falta de dinero, su botín ahora son los chorizos que entre crudos y asados se reparten en cantidades iguales mientras huyen sonrientes del sitio del siniestro.

Hay un hueco en esta historia, un salto en el tiempo sin más datos que un trocito de esperanza buscando quien le albergue. Y de algún modo 4 meses después se incrusta en la palma de la mano en formación del bebé de Shara.

Se ha estado paseando infame la esperanza entre tantos y tantas; inocente o no, traicionando su nombre, su razón de ser, que resulta difícil creer que un infante pueda devolverle siquiera un motivo para levantarse con una sonrisa en la mañana a estas calles tan agrietadas con sus transeúntes tan enfermos e indolentes. Un nené o nena que alce los puños al horizonte con furia y justicia, un uno liderando la revolución del amor sobre el cemento.

¿Un uno únicamente? ¿Cómo alimentar la utopía a punta de bienestarina?

Si este bebé pudiera cambiar la historia o no poco importa, y si importara en algo imposible fuera averiguarlo, también pudiera convertirse acaso en un mito delicioso porque hoy Shara se ha vestido de blanco impecable, ha soltado su largo cabello negro y sostiene con ambas manos y frente al espejo el revólver que dará fin a su infeliz existencia de madre soltera y engañada.

Mientras introduce en la boca la cura a su desdicha inicio otro cuento donde ese último trocito de esperanza, de algún modo, se enreda en tus botas, y regresas sobre tus pasos hasta encontrar los míos.

- Ha pasado el tiempo lento e indolente ¿verdad?

- Sí.

- Estás tan triste como hermosa ¿Quieres un café?

LA PROMESA O UNA NINFÓMANA

Una guitarra tristísima porque nadie la toca. Y cómo le dice a cualquiera que la manosee, si ella no es una cualquiera; es una hermosa acústica uruguaya que fue obsequiada tontamente por su dueño: un rubio alazán de dientes perfectos y manos de felpa, pero firmes ¡Cómo la agarraba! Y ese acentito.

Ahora le pertenece a un puto aborigen de manos ásperas y surcadas, un ser ordinario. Colombiano.

Siente calores en las noches, sus cuerdas no pueden destemplarse más, llena de polvo; pero no el polvo que ella quisiera, sino la mierda que dejó el viento en tantos años. Casi olvidó aquellos ojos azules, esos dedos depravados.

Allá está colgada en el cuarto de San Alejo; excitada, ansiosa, esperando. Y él que ni siquiera por nostalgia le da vuelta a las clavijas o le besa los trastes, como lo hacía antes.

La culpable de su desdicha es una mujer que él amó con furia y no resultó ser más que un espejismo. Desconsolado, prometió no tocar de nuevo su guitarra en señal de duelo, entendió que si todo acorde y cada canción hablaban de ella, lo mejor era desistir. Y ella suspirando, sudando, jadeando, queriendo que la toque cualquiera, pero ella no es una cualquiera; es una hermosa guitarra acústica uruguaya.

BAJO LA CAMA

Serían casi las 9 pm del sábado, el bar había cambiado súbitamente, en pocas horas había dejado de ser un lugar solitario enardecido por el humo de cigarrillo donde podías conversar a gusto, para transformarse en un infierno donde la música estruendosa y los gritos frenéticos de los jóvenes insulsos me hicieron aborrecer la humanidad tanto como a mí mismo. Nada nuevo.

Caminé hasta mi casa por más de dos horas gracias al cretino que me había descunchado los bolsillos al obligarme a pagar una cuenta cacareada. A pesar que la caminata fue una tortura, sirvió para amainar en algo la borrachera que usualmente me poseía.

Me sentí aliviado al reconocer mi casa a la distancia sin embargo, me extrañaron las luces apagadas, usualmente mi esposa me esperaba con la comida caliente y una sonrisa que fue desvaneciéndose con el correr de los años.

-¡Azucena! -la busqué en la cocina, en la sala, en todos los rincones, pero no estaba, sólo su magnífica e inconfundible fragancia aún impregnaba el corredor que daba a la puerta de la calle.

El cansancio me dibujó sobre la cama cayendo inconsciente por unos minutos. Soñé que Azucena entraba en la habitación y me quitaba la ropa con violencia, exigiéndome la tomara como nunca me había atrevido, sin medir consecuencias, sin tener respiro, y así

fue. No recuerdo un acto más bello, el desinterés por el otro nos tenía exhaustos y maltrechos. No obstante, el sueño tomó un rumbo inesperado, de repente las luces cesaron su intensidad dejándonos casi a oscuras y ella aprovechaba el instante para sacar una daga plateada de no sé dónde y demostrando una fuerza sobrenatural me la había clavado en la garganta.

Me desperté horrorizado, comprender que todo era un sueño no sirvió para tranquilizarme. Temeroso de mi vida e interpretado el sueño aquel como una premonición borré toda evidencia de mi estadía y me oculté bajo la cama, así lo hacía de niño.

Aunque quería, no conseguí conciliar el sueño de nuevo, estaba temblando y no entendía como yo, un hombre maduro y recio presentaba una escena tan ridícula.

Azucena llegó dos horas más tarde; su aroma entrando en el cuarto casi me tranquilizó, era un abrazo y un beso esperándome, eran unos ojos transparentes en donde temía reflejarme. Nunca un hombre del que tanto esperaban dio tan poco.

Algo evitó que saliera de mi escondite, quise esperar su reacción a mi ausencia.

-Mi amor ¡mi cielo! Maldita sea ¿Dónde estás? Has de andar borracho como siempre ¡maldito seas! ¡Maldito seas!- Tomó el teléfono y la escuché discando con desespero.

-Aló, Alfonso ¿eres tú?

-Necesito verte, no tardes; te lo ruego.

-Por él no te preocupes, no está y lo más seguro por la hora, es que esta noche no regrese.

¿Alfonso? Obvia pregunta, obvia respuesta. Pudiera haber salido en ese instante y reclamarle, pero quise esperar a mi suplente.

Estaba angustiado, lloraba en silencio y escuchaba a Azucena maldecir mi nombre y a mi madre por parirme y a los hijos que no teníamos ni podríamos tener. ¡Soy estéril! Lo supimos hace 2 años, mi interior es el triste dechado de mi existencia, nada en mi prospera, soy el inicio y fin de un proceso sin sentido. Con seguridad un bebé sería el aliciente que tanto necesitaba la relación. No significa que estuviéramos en crisis, no, era sólo una etapa más en la vida de pareja.

Alfonso puede ser un amigo ¿Cómo pude desconfiar de ella? De Azucena, de mi Azucena. Debí salir de mi trinchera en ese momento ¿Por qué no lo hice? Ya de nada sirve lamentarse.

A ella la conocí un día de noviembre cuando llegó a mi puerta vendiendo grandes obras de la literatura universal a muy bajo costo, era tan bella e inteligente que no hubo dudas en mi corazón.

Había tomado la pieza en arriendo luego de la muerte de mamá, únicamente tenía un colchón y tantos libros en el suelo como fotografías de tiempos mejores en las paredes. La hice seguir mostrando algo de interés en sus libros, pero al ver la miseria en la que me encontraba debió suponer mis motivos.

Ella su vida y yo la mía, todo lo contamos, todo y a todos señalamos, era tan pequeño el planeta en común, que bastaron unas horas para recorrerlo. Ella era mi reencuentro con lo humano.

Preocupada por mi estado deplorable y quizá por mi tendencia suicida, abrió su maleta y me obsequió un libro de Herman Hesse al despedirse; la verdad es que nunca se fue. ¿Lástima o amor? Eso no importa, siempre estuvo conmigo.

Su cariño y comprensión, además de la gran influencia que había tenido en mí Harry Haller, personaje central de la obra, hicieron que prosperara y acumulara el dinero suficiente para vivir como un pequeño burgués. Así ella fue mi motivo, el cable que me mantuvo sujeto a la tierra; mi primer y único amor.

Llamaron a la puerta y de nuevo empecé a temblar. Ella saltó de la cama ansiosa, luego vi unos pantalones grises que se acercaban para caer en el suelo a la par del vestido azul de mi mujer.

Se amaron toda la noche sin hacer pausas, de la boca de Azucena brotaban palabras de amor, era feliz; era ella de nuevo.

Los amantes se despidieron a la madrugada no sin antes concretar nuevos encuentros, perfeccionaron sus códigos y estrategias. Ella dijo -te amo como a nadie- ella lo dijo.

He pasado muchos años bajo ésta cama. Intenté salir pero fue en vano, nunca hubo una razón que me alentase, la esperanza se marchó de mi pecho para siempre. Azucena era mi elixir, mi vida, mi mundo.

Estoy viejo y cansando, sin embargo, el día que abandone este lugar tan estrecho y desolado, usaré mi último aliento para reclamarle a ella su traición, pero principalmente el hecho de que en tanto tiempo que ha transcurrido desde aquella fatídica noche, no haya barrido bajo la cama.

EL REENCUENTRO

Ella subió al alimentador y lo descubrió sentado en la última fila, se sintió de repente bañada en llanto y se acomodó en la única silla libre que podría abrir una distancia considerable, su compañero de asiento tenía un tufo hediondo y la miraba de forma morbosa, pero prefirió eso a tener que enfrentar su pasado.

Desde su privilegiado lugar en la parte posterior la vio cruzando la puerta y quiso lanzarle una sonrisa, pero a su rostro paliducho no acudió gesto alguno, se tragó las ganas y volvió a los cuentos de Benedetti, rápidamente se sumergió en ellos y cuando salió a la superficie se halló en un circo atestado de gente y con unas ganas inexplicables de llorar.

Ella buscó en su bolso un espejo y simuló maquillarse para verlo, pero él ya no estaba allí.

Desesperada sacó a Márquez de algún lado y empezó a buscarlo.

Él era Alfonso, y sus grises vestiduras se perdieron en ese bosque fantástico. Ella fue la miga de pan que nunca alcanza la huella.

Vagaron tanto tiempo y en cuentos tan distintos que cuando por fin se encontraron, no quisieron, no pudieron reprocharse.

Decidieron vivir en algún lugar donde nadie los conociera. Un rinconcito donde el tiempo anduviera ocioso, desmembrado y amnésico. Una casita de bahareque con vecinos demasiado ocupados en sus asuntos para preguntar por qué.

Se unieron en un beso eterno mientras el pueblo entero se sumía en la desolación por la pérdida de las únicas bolas del único billar en ese mágico lugar.

-Mira a esos tontos suplicando que el semáforo no cambie a rojo.

Pero el gordo y fofo conductor no parece tener prisa, nadie lo espera en casa y en esta ciudad de mierda hace rato que el amor-amor agoniza.

-¡Pobres!

EL PINTOR

Estaba Alfonso pintándole hermosos pajaritos en el aire,
pero ella tan astuta sacó del bolso su resortera.

LA CITA DEL JINETE

El reloj descompuesto, no recuerda la hora cita, empieza a llover. Después de 318 minutos de esperar en esa banqueta ha empezado a preguntarse si ella vendrá. Le disgusta el retraso ¿a quién no? Pero le inquieta más la posibilidad de que se esté volviendo loco.

Cansado de esperar, monta su caballo bayo y se va a buscarla, no recuerda dónde vive pero la brisa lo va llevando, no recuerda su rostro pero sabrá reconocerla cuando la vea. Le da de beber un energizante a su bestia en un pozo de la Candelaria. Apuesta carreras con los buses de transmilenio, a su paso los semáforos se pintan de verde.

Una mujer camina mirando al suelo en busca de monedas o colillas de cigarro. Los ladrones vigilan, la policía saquea. Las señoras odian al prójimo, hablan a su espalda y luego depositan un billete en la charola de la iglesia. Un hippie vende la manilla que concede deseos, Un borracho está sobrio por falta de motivos, la puta está en promoción. Una niña sucia y descalza vende la edición pirata del Quijote y el jinete se la roba. Las personas cambian de andén para evitarme.

Una ciudad moderna con millones de habitantes ciegos y apáticos, entre ellos, hay un hombre que espera en la banqueta bajo la lluvia, o uno que apea su caballo de madera en la entrada del cementerio central, se detiene

frente a una lápida muy vieja, como las flores podridas
que la cubren, se quita el sombrero, llora.

-Toc-toc, toc-toc, como no llegabas decidí venir a
buscarte ¿Puedo pasar?

LA NUEVA CASA

Hoy nos mudamos a la nueva casa. A juzgar por el sitio hallaré la tranquilidad que busco.

Mientras clasificaba las pertenencias entre tanto chéchere destinado a la basura rescaté la fotografía del abuelo, casi había olvidado su rostro; tras de su sonrisa se retrataba la angustia, ahora lo sé.

Lo mejor será ocultar la foto, no sea el diablo quien la encuentre y me la enseñe de nuevo...

Me gusta la casa por enorme, hay muy buenos sitios donde ocultarme, recorreré los pasillos y no tropezaré con nadie, no tendré que ocultar ni justificar mi llanto, nunca más fingiré amabilidad y la oscuridad podrá por fin cubrirme con su paz.

Hace rato que no me acordaba del viejo, me gustaba sentarme a su lado en el altillo afuera de la casa cuando atardecía y allí nos quedábamos en silencio. Él casi nunca hablaba, sólo abría la boca cuando era necesario y era reconocido en la vereda por justo, prudente y sabio.

De tantos consejos que me dio nunca apliqué ninguno, a veces me narraba historias extrañas de moralejas confusas y sonreía ingenio creyendo que yo le entendía.

Recuerdo también que fue el abuelo quien me enseñó a fumar, creo era la excusa correcta para escapar de la

telenovela que tanto nos aburría. Luego la abuela escondiéndole los cigarros al viejo por recomendación médica y mi mamá regañándolo: Que malo eso de enseñarle vicios y mañas a un muchacho de 13 años, y el viejo que le responde cabizbajo e inseguro que él había empezado a los 11, que era un asunto de hombres y mi mamá roja, rojísima, manoteando hasta la cocina para darle parte a la abuela y el abuelo acongojado, con la mirada encharcada a ver la telenovela de las 5:00, ese día cortaron la energía en lo mejor y todos rendidos a dormir temprano, salvo el abuelo.

Me gusta la casa por parecida a la de los abuelos, mucha luz, mucho espacio, mucho silencio y mucho aroma a tierra húmeda.

La abuela se volvía loca buscándolo por cualquier sitio, preguntándolo con los vecinos, -que salió por la mañana y ¡mire la hora! Que él tan viejito y si se tropieza ¿quién lo levanta?

El viejo llegaba pasadas las 3:00 de la tarde, tan tranquilo, y no decía dónde se había metido, y ayúdelo a sentar, cámbiele la camisa y el regaño de todos. Él, como afligido, como impotente ante la infamia, no sé cómo; pero me sonreía torciendo los ojos y de inmediato entendía que se estaba haciendo el chiflado.

Algunos años después los misteriosos paseos del abuelo cesaron, sólo lograba caminar agarrándose del muro de la casa, despacito, despacito. No podía ni siquiera revisar

la vaca, alimentar a los cerdos, o sentarse en el altillo a mirar a lo lejos, apenas si le ponían una bolsa de maíz cerca del butaco para que se la lloviznara a las gallinas, ese día mientras lo hacía, le tomé la foto que ahora sostengo en mi mano, que creía perdida, que nadie sabe que tengo, pues a nadie le dije ¿para qué hacerlo? Si a la mañana siguiente murió el viejo.

El abuelo me miró asombrado cuando lo fotografié, le causó gran curiosidad el flash, yo creo que si alguna vez había visto una cámara, nunca la habían usado en él.

Luego de explicarle el funcionamiento empezó a contarme una historia que pronto interrumpió porque no recordaba lo que seguía y yo pillándole esa mirada nostálgica, esa molestia imperceptible, y la abuela (quince años menor) regañándolo -¿por qué no avisa cuando tiene ganas de ir al baño? ¡Parece un niño chiquito! -siempre andaba ocupada la abuela.

Al rato me dijo que acompañara al abuelo al altillo a ver si se oreaba, -a ver si me deja hacer oficio- y ese silencio me era tan ajeno, tan distinto a los mutismos pasados, como si al viejo lo ahogaran las palabras, se tragaba las vocales, pero las consonantes aferrándose a su garganta, y el abuelo pase saliva, pase penas, tejiendo retazos de recuerdos o pensamientos para no causar una mala impresión a su nieto tan despabilado.

-Antes –me dijo el abuelo- antes me trataban como a un viejo inservible mijo, un estorbo y yo tan sonriente, pero ahora...

-Ahora nada -le respondí- primero me muero yo y a usted ni un dolor de panza que lo agobie ¿no? Usté es un roble abuelo ¿Apostamos?

Él sonrió por fin, pero aún se atragantaba cuando negó con la cabeza, y yo tan tonto al preguntarle -¿Y a usted quién le dijo eso abuelo? ¿Acaso sabe qué es estar viejo?

El abuelo se halló cómodo para confesarse, para desenredar ese taco que tenía en la garganta y me contestó resignado: Estar viejo es no poder ascender el camino de herradura, es verse obligado a despedirse del sitio donde nadie reprocha, no sé si era feliz allí, pero desdichado como soy ahora nunca. Estar viejo es tener guardado en el baúl bajo la cama una Smith & Wesson y no tener la fuerza necesaria en los dedos para marcharse dignamente.

El viejo murió mientras dormía. Yo no quise verlo. Todos recordaron sus proezas y enseñanzas en el funeral multitudinario, todos riendo al recordar sus locuras, todos manifestando el gran cariño que le tenían y claro, ninguno faltó a la reunión programada para dividir sus bienes, al final; dada la división de opiniones y el inconformismo, los abogados testaron.

Me gusta la casa por lúgubre, tal vez a él le agrade también, quizá se parezca a aquel sitio, acá podremos

conversar cuando venga a visitarme. O quedarnos en silencio. Es igual.

Al final, es complicado saber quién protagoniza una escena más penosa: mi viejo tan viejo y sin fuerza o yo, tan joven y sin pistola.

BAR

Un hombre quiere morir en el bar donde la gente suele suicidarse y que existe específicamente para ese propósito, pero allí le niegan la entrada argumentando que aún no está preparado.

Regresa a la calle confundido, cuestionando sus carencias ¿Qué le falta para morir entre los que entienden cómo se siente?

Este fallido le alienta a regresar a la noche siguiente, y la siguiente y las siguientes. Semanas enteras de portazos en la nariz y rechazos amables de parte del propietario. El encontrar la razón correcta para morir allí se convierte así, en el único motivo para vivir su vida que agoniza.

EKHYMOSIS

No sé cuál escena es más bella, tu Ekhyrosis en mis oídos, en mi mente y en mis venas, o tu jean descaderado fumándose un cigarrillo en la cafetería de la U.

Tu guitarra, tu voz y tu esencia se infiltraron en mis ojos una noche del mes de las lluvias, estabas sentada en cualquier parte, cantándole a las moscas y unas lagrimitas ya secas en tu rostro fueron la excusa perfecta para abordarte e iniciar una conversación.

- ¿Ekhyrosis verdad?- Pero no me respondiste nada y aunque esperé los eternos segundos que dicta la prudencia, ni siquiera volteaste a verme.

- Perdona si te molesté, hasta luego - te dije derrotado - y dado que ni siquiera te despediste, me marché mordiéndome los labios.

Casi un mes después te vi de nuevo, estabas al lado de la biblioteca de la universidad fumándote un cigarrillo y pateando una lata con furia; llorabas, gimoteabas, armaste un berrinche lastimero para evitar que te sacaran en rastras y quise intentarlo de nuevo.

-Oiga "cela", fresco que esa es mi novia, yo me la llevo.

-Haber cómo le explico joven, ésta muchacha está drogada y no puedo dejar que se vaya así nada más, el decano está llamando a la autoridad. No lo había notado

pera era cierto, tenías los ojos carmesíes, la carcajada en flor y olías a yerba.

No hay celador que se resista a un billetico con la cara de Garavito, se comunicó con alguien por el *walkie talkie* y nos dejó marchar, media hora después estábamos en mi casa haciéndonos el amor, inyectándonos; tú heroína y yo el néctar de tu voz.

Ignoro lo que hacías de día, qué lugares visitabas, qué porquerías te estabas metiendo, sólo sé que en las noches volvías conmigo, no había otro lugar a dónde ir, y me amabas en medio de tu inconsciencia relativa.

De vez en cuando me inyectaba o me fumaba un porro, sólo para sentir lo que tú sentías, sólo para viajar a ese país donde pudiera hallarte. En ocasiones el amor se nos antoja una tarea imposible, no sé cómo explicarte.

Ayer en la noche llegué muy tarde al apartamento y no te encontré, había sucedido antes y no le di importancia. Pensé que estarías en otro lecho, dándole tu cuerpo a cualquiera a cambio de un gramo.

*Déjame un buscar, un sitio en otro lugar,
donde me pueda perder en tu cuerpo sin querer.
Por mi parte cambiaré, donde quieras estaré,
mil caminos andaré, porque sé que aún podemos ver la mañana
en la ventana, poder escapar,
de madrugada sin que nada se nos vaya a cruzar.*

- Aló

- Buenos días ¿cómo le va?- Era una voz de mujer.

- Buenos días ¿A quién necesita?

- ¿Se encuentra el señor Fulano de Tal?

- Sí, sí, con él habla.

- Señor de tal, lo estamos llamando de la clínica Corpas para informarle que Fulanita de tal se encuentra hospitalizada.

No esperé esa llamada tan pronto, cuando la utopía está cruzando la acera prefieres dilatar las horas y respirar con ansia para enmarcar el momento, pensé que la tragedia tardaría algunos años en llegar, meses siquiera.

- Buenos días señorita.

- ¿En qué le puedo colaborar?

- Vengo a averiguar por una paciente que ingresó esta madrugada.

- ¿Nombre?

- Fulanita de Tal.

- ¿Qué parentesco tiene con la paciente?

- Mmm... soy su primo.

- Habitación 215.

El médico que atendía tu caso me informó que sufriste una sobredosis y que habías entrado en estado de coma. -Hay que esperar pa' ver cómo evoluciona la *hippie* -me dijo en tono burlón. Me contuve para no partirle la cara.

Y yo aquí como si le estuviera hablándole a las piedras, fulanita ¡ya no te hagas la dormida! ¡contéstame! sólo espero que despiertes pronto para que me inyectes tu Ekhyrosis en las venas, que si no vuelvo a escuchar esa canción, la existencia en este mundo en obra gris pierde cualquier sentido.

No sé cuál escena es más bella, tu Ekhyrosis en los pasillos del recuerdo o tu jean descaderado colgado en mi closet ya cansado de esperarte.

LOS SOÑADOS

Un hombre sueña que está muy cansado para mantener los párpados despegados, entonces se queda dormido y sueña.

Aquel hombre (tal vez por su avanzada edad) muere mientras duerme y como ese ser soñado aún no despierta sigue soñando. Ha de ser un buen sueño el del soñado pues está tan cómodo que casi no advierte el calor tan severo que consume rápidamente el cerebro del anciano.

Así las llamas del horno crematorio hacen cenizas los restos del hombre y ponen fin a la existencia del soñado. Sólo un pariente lejano acompaña en un día de lluvia y esparce las cenizas en el camino de herradura camino a su casa.

Pero aquellos seres soñados por el soñado no son advertidos de lo que sucede y durante varios años siguen errando por sendas desconocidas y totalmente hostiles de gente que va de prisa a cualquier sitio y no los escucha, de niños sin inocencia, de injusticias y llanto de las nobles damas, de paredes sordas.

Uno de los ignorados aprovechándose de mi constante desconcentración ha entrado por mi oído y espera la noche para provocarme un sueño horrendo que narre su historia y yo, triste y bondadoso escribo su relato para cortar las venas que lo tienen sujeto a esta realidad tan lamentable.

Siento envidia del que se va, ya que también he guardado una historia para contar a quien me escuche, entienda y de solución al dolor que produce separarse de quien más se quiere.

Sólo espero basten estos renglones para que los ignorados sean libres, siquiera escuchados. Espero no estar soñando que escribo para salvarlos.

BUSCANDO MASCOTA

Pato, hámster, tortuga, perico, piraña, perro (el perro no le atrae mucho pues es muy común) mico, hormigas, marrano, toro, conejo, etc. Aunque bien podría ser un perro pit bull, o un bóxer.

Gerardo tiene poco dinero pero le urge comprar una mascota que remplace al gato que recién asesinó por razones válidas e indiscutibles.

Como carece del tiempo necesario para bañar, espulgar, peinar o perfumar a su nueva adquisición, éste debe ser un espécimen que odie el agua y dé muy poca importancia a la estética; como un gato, pero obviamente que no sea un gato.

Fue Diego, el guasón de la oficina quien regó el rumor (luego de hacerse invitar a la fuerza a su apartamento) de que el nuevo tenía un gato de mascota y además lo llamaba: Señor Poe.

Pronto todos sus compañeros empezaron a señalarlo, a burlarse a sus espaldas, a jugarle bromas pesadas que de a poco fueron menguando su paciencia. En una ocasión, le decoraron el escritorio con moños rosas y fotos de hombres desnudos. En cambio sus compañeras, le procuraron una confianza inusual, lo incluían en las juergas extra laborales y le contaban sus más íntimos y vergonzosos secretos. Incluso Andreíta, una linda morena de cabellos largos y tersos de la cual Gerardo estaba profundamente enamorado, lo invitaba

periódicamente a su casa a cocinar rarezas del recetario, a ver films de Almodóvar, Hitchcock, Kurosawa, Tarantino y Scorsese, o a embriagarse al son de las rancheras, pero principalmente, y eso le molestaba mucho; a rajar de los hombres. ¿Y acaso él quién era?

Como no tiene el menor interés en mimar, arrunchar o besuquear a su nueva entretenición, éste debe ser un animal renuente al cariño, que sepa cuidarse y no dependa de su amo; como un gato, pero bajo ninguna circunstancia un gato.

En un intento desesperado deja que su barba crezca cual maraña, escupe en las materas después de fumar, imita a Diego sacándose los mocos y pegándolos bajo la silla, permite que su neurótica ex novia lo vaya a recoger y la saluda de beso francés, todo lo hace para que por fin entiendan en la oficina que él no es gay. En respuesta, se comenta en los pasillos que el nuevo ha elaborado una patética fachada para esconder su maricada.

Y luego uno de los del grupo de Diego: Oiga Gerardito, relájese que eso hoy en día es de lo más normal, lo invitamos en la noche a ver el partido, lleve su novio. Todos ríen a la par.

Él, como todos, agonizaría asqueado si tuviese que recoger heces, es un defensor del orden, pero no le gusta ordenar su apartamento y mal haría en comprar un bichirajo que se ponga el sitio de ruana. Por eso debe conseguir un monstruo chiquito ¡varón re-varón! que no

cause estragos en su propiedad. Un ejemplar que sepa usar el retrete o que haga lo suyo en un cajón de arena; algo que se parezca a un gato.

Poco importaría la mofa de sus compañeros si Andreíta lo aceptara, él ya le confesó sus sentimientos, pero no lo toma en serio, lo tortura cambiándose la blusa en frente ¡pelando teta! y él con ganas de brincarle encima, tiene que aguantarse claro. No entiende por qué tan caballero si cada vez que la observa siente que le aprietan los *bóxers* y el pájaro se le vuelve loco.

Pensó ahogar a mr. Poe en la bañera, pero al final eligió el matarratas. Compasión, cobardía; es igual.

Andreíta es de aquellas chicas vanidosas que gozan teniendo varios pretendientes, de seguro sabe que el nuevo no es maricón, pero no le conviene hacerlo a un lado, prefiere seguir escuchando sus adulaciones. Tampoco querría acostarse con ese barbudo tan repugnante así le tenga tapizado el *inbox* del *face* con cursilerías.

Podría simplemente no tener una mascota, pero ya se imagina a Diego comentándole a todos que el nuevo se deshizo de su gato para despistar a la gente, pero aun así sigue siendo una loca arrebatada. Es necesario tener una mascota.

La última semana del mes de las lluvias casi perdió el control, alguien le hizo un fotomontaje de travesti y lo pegó en los baños, el compañero roscón del grupo de

Diego, que por cierto se llama "Sandro" le pellizcó una nalga en el ascensor, y el mensajero ¡para que respetara! Le propinó un gancho a las narices, dejándolo chato y sangrando. Finalmente, (esto es lo más doloroso) Andreíta sube todos los días al BMW del contador de la empresa y no llega a dormir a su casa; lo sabe ya que ha espiado en vano su regreso.

Como no tolera el ruido, quisiera tener en su apartamento un ejemplar que sea imperceptible y sigiloso; como un gato, pero no un maldito gato.

Agobiado y triste decide renunciar y todas las chicas lo quieren despedir invitándolo a *Apolos Men* para que se tome unos whiskeys y disfrute del espectáculo, pero lógicamente rechaza la cortesía. Los hombres, por supuesto, ni siquiera advierten que se va.

Quizá no lo hace para convencer a la gente, tampoco para impresionar a la zorra de Andreíta, no por compañía, no Diegos, ni pelos pardos o el silencio, sacudirse los trozos de otros y otras, pero distinto ¿no? Tal vez sólo quiere retomar el estilo de vida que tenía antes de llegar a la ciudad, en el campo la gente no es así.

Conviene que su nueva posesión sea muy distinta a la anterior pero debe inspirarle la misma sensación de bienestar que le inspiraba el Señor Poe. A pesar de lo sucedido no consigue descartar la compra de un hijueputa gato.

SE BUSCA

(Historia sin final, debes completarla)

En la antigüedad, el amor era considerado un tesoro y un secreto. El padre se lo heredaba a sus hijos y la madre a sus hijas, de generación en generación pasaba a salvo el amor y la gente se amaba. Me refiero por supuesto, al amor Eros, al amor de amante. El amor hacia la humanidad, hacia la naturaleza y demás tipos de amor se aprendían e imitaban, igual que el odio y el resto de los sentimientos, pero el amor más fuerte, el “amor-amor” se heredaba.

Recientemente, en un país que no es el nuestro, un hombre extravió su amor-amor en medio de un maizal enorme. Hallarlo en esas condiciones era casi imposible, así que aguardó a la cosecha, pero aunque buscó con esmero y por varias semanas no puedo encontrarlo.

El hombre desesperado, empezó a preguntar a todo el mundo si habían visto a su amor, la mayoría preguntaban cómo era ella, y él respondía desesperado que no se trataba de alguien, sino de algo, que sin ese algo, le sería imposible encontrar a su alguien. Casi nadie le daba razón porque a casi nadie le interesaba, y los pocos que se compadecían de él, le preguntaban cosas que pronto lo mortificaron pues no podía dar respuesta coherente: que ¿cómo era exactamente lo que buscaba? Que al menos una breve descripción, que ¿a qué se

parecía? Que ¿qué tan grande era? Que ¿cómo lo había extraviado?

Aquel hombre reflexionó. El amor debe ser muy distinto al que nos quieren imponer los curas y los notarios. Por eso debe tener fecha de vencimiento pero no límites ni barreras. El amor debe sentirse en las entrañas y no en el cerebro. El amor debe ser pequeñito como un grano de arroz, de otro modo ¿cómo no pudo encontrarlo?, sin embargo debe hincharse como un globo aerostático en el momento adecuado. El amor debe parecerse más al sufrimiento que de a poco se alivia, que a la alegría constante. El amor tal vez...

Reflexionó y mucho, pero ninguna de sus conclusiones lo acercaban a encontrarlo. ¿Qué hacer entonces? ¿A lo mejor lo usual funcionaría? Como nada perdía probando, decidió llenar las calles con carteles de "Se busca" y dejó sus datos de contacto en ellos. Por supuesto nadie lo llamó, las personas sólo atinaban a desternillarse de risa al leer, pero un buen día después de mucho tiempo de incesante e inútil búsqueda, escuchó un piqueteo en la ventana de su habitación; se trataba de una paloma mensajera, que aunque no era blanca, traía un papelillo enrollado a una de sus patas. Con algo de desconfianza lo desenrolló y leyó mentalmente.

El mensaje iba dirigido a él, pero lo que había escrito en él, de inmediato lo dejó pasmado:

"Cordial saludo...

PURSUES THE MOON

Me extravié dentro de esta realidad de concreto e hipocresía y debes saber que hoy emprenderé un viaje alrededor del mundo, quizá sólo así me encuentre.

Al amor no puede definírsele o entenderlo siquiera, por eso no podría contestarte ahora. Creo en el destino y en que tal vez volveremos a vernos.

Él no trató de disuadirla -Entiendo que te sientas extraviada y quieras encontrarte, no puedo oponerme a que viajes, pero cuando logres tu cometido ¿me amarás aún? ¿Te quedarás para siempre a mi lado?

-No lo sé, ¿Quién lo sabe? Te repito que creo en el destino y aceptaré lo que venga como venga, sé que piensas que le estoy dejando todo al azar, tienes razón. Te propongo lo siguiente; si cuando te encuentre es de noche, volveré a amarte como lo hago ahora, viviremos juntos y los poetas cantarán nuestras historias por siglos. Si por el contrario, el sol calienta la calle de la reunión nos diremos adiós, hasta nunca; será el final.

Así partió hermosa y valiente, él, tan prudente y comprensivo, le dio un par de meses de ventaja y se lanzó a la búsqueda en su motocicleta de nube sin más pista que el magnífico aroma de su amante.

Indagar en cada país, examinar cada rostro, vivir de los recuerdos sin dejar de andar, de nadar, de volar, de arrastrarse. Viaja de noche, no puede ser de otra manera,

de día duerme una hora, tal vez dos, el resto de tiempo lo emplea recordándola, le escribe cartas que no entrega. Viaja de polizón y sólo de noche, si la encuentra debe irradiarles luz de luna, un empujón al destino; deben amarse.

Le teme al sol, siente pánico si lo ve aproximarse en el horizonte, cada vez está más cansado, sabe que hallarla es casi imposible y ya casi se rinde, casi es un “hasta nunca” casi lo vence el sueño. Son años.

Pero siempre hay un día (o una noche en este caso) alguien la vio danzando sobre la fuente de una plaza en el centro de San Petersburgo.

Corre, corre, apresúrate anciano que tu segundo aire te alienta y es una ninfa azul la que aguarda tu beso. Por fin la ve, sin más vestido que el cabello que abraza su espalda ¡Cuánta lozanía!

¡Qué hermosa es todavía! Usa sus manos como megáfono, destina las ganas y anhelos acumulados en tantos años para gritar con su voz de telaraña el nombre de ella que fractura los adoquines de la plaza.

En este punto de la historia cualquiera supone el fracaso del viejo; si hasta él mismo lo presiente, sin embargo, ¿cómo decirle no a un corazón desbocado, a una llama que se extingue?

Cuando ella por fin advierte el gemido se voltea para verlo. Un instante eterno. Y aunque encuentra en sus ojos

la abnegación y la esperanza que no tuvo y tanto pretendía, ya un rayo tenue del astro rey le está acariciando la mejilla. Es el alba.

LA BÚSQUEDA

Nunca se sabrá cómo hay que contar esto, si en primera persona o en segunda, usando la tercera del plural o inventando continuamente formas que no servirán de nada. Si se pudiera decir: yo vieron subir la luna, o: nos me duele el fondo de los ojos, y sobre todo así; tú la mujer rubia eran las nubes que siguen corriendo delante de mis tus sus nuestros vuestros sus rostros. Qué diablos.

Julio Cortázar (Las babas del diablo)

Un niño esconde algo pero luego olvida qué es y dónde lo escondió, aun así recuerda que ocultó algo.

Pasan los años y con ellos llega la soledad. El joven cree que quizás escondió sus reservas de amor y busca en los cajones del armario, en los cuartos donde no entra nadie, en el viejo ático al que tanto le temías de niño, haces grandes hoyos en el jardín; enormes, monumentales ¡ya no puedo verte desde acá! temes llegar a China y abandonas tu cometido. Igual no importa, si una mujer ha tocado a tu puerta en el proceso.

Pasan los años y con ellos llega la pobreza, él ya es un hombre de pelo en pecho y cree que tal vez escondió un tesoro. Busqué con desespero en la escuela y aunque no tenía más que una vaga certeza levanté las baldosas, destrocé los pupitres y hasta fui a la casa de mi maestra a mirar en sus bolsillos, temí me tacharan de loco y renuncié a mi aventura. Igual no importa si el banco ha decidido reducir los intereses y no hipotecará la casa. Por ahora.

Pasan los años y con ellos llega la vejez, se borran casi todos los recuerdos menos uno, los hijos se han marchado, su mujer ha muerto hace poco y pasa las tardes sobando las paredes del asilo en el que terminarán sus días. Hora del medicamento.

¿Y qué le queda? Sólo encontrar lo que busca o siquiera averiguar qué es.

Piensa que tal vez lo ocultó en su corazón, pero las radiografías y cardiogramas no evidencian ningún elemento extraño. Deja que lo hipnoticen y apenas puede ver algo de sus vidas anteriores pero nada de esta. Invita a un sacerdote a su casa, y a una vidente, y a un caza fantasmas... nada descubren, hasta mi viejo amigo Melquiades en vano intentó ayudarme.

Una noche cuando casi desistió en su empresa de recuerdos, soñó a un niño en el parque y sólo al verlo se reconoció en tan bello e inocente personaje. Con sus manos cavaba un hoyo junto a los columpios y justo antes de revelar el secreto se ponía de espaldas para que no pudieras descubrirlo. Luego de tapar el agujero dirigió su mirada al anciano que lo soñaba y se alegró.

Desperté extraviado mientras atravesaba el velo de la inconsciencia pero de inmediato me vino una sonrisa acompañada del presentimiento de un buen día. Había reconocido el lugar y recordaba con inesperada nitidez la escena.

Lamentó llegar muy temprano pues el parque estaba lleno, no se movió, pero sintió un temor risible. Serían las 2 pm.

Recordó la tarde en que sin saber por qué todo lo olvidó. Los niños se marcharon, algunos en contra de su voluntad clamando un alargue, de verdad que son implacables los padres en sus horarios y creo entenderlos; una vez tuve hijos.

A esta hora los demonios se ocultan tras las sombras a la espera del cáliz de la metrópoli ¿Seré uno de ellos? Son las 8 pm.

Aunque estén cerca de él, ustedes que viajan a otros mundos con tiquetes de marihuana no pueden apreciar ni valorar el esfuerzo de aquel anciano que de rodillas y con sus propias manos aparta la tierra buscando respuestas. Es tanta la ansiedad y el esmero con el que cava su destino que no ha advertido la presencia del niño que lo observa. Le duelen los brazos, ya casi no le responden.

Le llega un nuevo aire al encontrar un baúl de madera que no evidencia mucho tiempo de estar ahí. ¡Qué cerca está el niño! El añejo héroe todo lo comprende al advertir su presencia, el infante viste pantalones cortos y lo rodea una magnífica aura hollywoodense. Quiere abrazarlo pero la explosión se lo impide.

No entiendo si encontraste lo que buscabas o si al menos supiste qué era, pero esa sonrisa tuya en el instante previo me dice que sí.

CARTA DE UN SUICIDA PARA UN SUICIDA

Un taxista tarareaba una canción que nunca sonó en la radio, la letra es cruda pero sincera y su hermosa pasajera, que no tiene más de 20 años, se estremece al escucharla sin entender las razones. Misa de réquiem.

Por la calle 80 viene un Jeep negro ¡como alma que lleva el diablo! En su interior un hombre angustiado no quiere tomar en cuenta el velocímetro que casi ha llegado al límite. A su lado va una mujer que no da espera, sus gritos, como sirena de ambulancia, hacen vibrar los ventanales y se desvanecen como humo. ¡Qué manera de gritar! Casi la escucho.

El taxi, que venía por la avenida 68, toma la calle 80 y justo en ese momento...

El siniestro deja un saldo de cuatro muertos, pero ese bebé, ese nené logró sobrevivir gracias a un transeúnte borracho que por allí pasaba.

Los medios de comunicación han hecho un gran alboroto y el infante ya es famosos a pocas horas de nacer, es la cara amable del noticiero, una vida entre tanta muerte.

Toda la vida he culpado de mi soledad y fracaso a Dios, a la sociedad, a mi padre. Pero cómo culpar de mi suerte a un ser que tal vez por su inexistencia nunca interviene en nuestros destinos. De ningún modo puedo hacer responsable a una sociedad que nunca intentó obstaculizarme, ya que para ella no existo.

Mi padre y su afán al volante tampoco incidieron en el curso que tomó mi vida ¿Por qué culpar al hombre que provocó que yo creciera en un orfanato?

Por qué culpar a mi padre de mi vocación delincucional, de mis seis visitas a la cárcel, de este puñal que perdió su virginidad hace ya varios años.

Soy Alfonso ¡a secas! Me dicen “el Tote”, soy el producto de un conjuro maquiavélico, soy la suma de cuatro muertos, soy ironía; mis manos con sangre se lavan a diario ¡Polvo eres! dicen los curas, soy mi verdugo, mi pecho ahora alojará este puñal, mi viejo amigo; mi único amigo. Espero que de este modo el universo recupere su equilibrio natural.

Soy lo que soy y me voy como llegué, hoy seré comidilla de los medios.

**A UN REMEDO DE NARRADOR DE HISTORIAS LE
SOLICITAN ESCRIBIR UN CUENTO**

-¿Acaso tengo cara de puta?

-No lo vea así.

-No escribo por encargo.

-¿Y si le invito una pola?

-Yo no me vendo ¡Güevón!

-¿No se dice “H-u-e-v-ó-n”?

-Me gusta como suena con “g” gran güevón eso sos vos un ¡gran güevón! ¡Chupabolas!

-¿Y si son dos polas?

-Soy incorruptible, se lo aseguro.

-¿Una botella de tequila?

-¿José Cuervo?

-Sí.

-Ok, pero lo hago en nombre de “la amistad” y “el arte” por supuesto.

-¡Como diga! ⇨ ¿Sobre qué va a escribir?

-Voy a transcribir esta conversación.

-¿Nada más?

-Mmm escribiré un cuento acerca de su muerte, será como una profecía.

-No es gracioso. Las palabras tienen poder.

-Me vale huevo.

-¿Con “h”?

-Con “h”.

-¿Puede inventar una historia de amor?

-Escuche:

Había una vez un hombre, no muy inteligente, llamado Leonardo, quien en una tarde lluviosa de octubre murió de forma espantosa, siendo su deceso un evento marcado por hechos confusos que nadie intentó esclarecer porque a nadie le importó un comino su muerte. Ni siquiera apareció una mención del hecho en “El Espacio”. (Risas pregrabadas de “El chavo del ocho”)

-Repito que no es gracioso ¡Gato güevón!

-¿Con “g”?

-Con “g”.

-¿Qué tal si escribo una historia de zombies y prostitutas?

-¡No sea marica! Escriba algo de amor o ni mierda de tequila.

-Las historias de amor son aburridas y sosas.

-No importa sólo empiece.

-Está bien. Ahí va:

En alguna calle colonial de Villa de Leyva, testigos presenciaron encantados y enternecidos una escena de amor muy especial, que pronto se hizo leyenda. Nunca las hojas de los árboles cayeron con tanta gracia como aquel día, ni los mirlos cantores entonaron melodías tan sentidas hasta ese entonces. El tiempo parecía transcurrir más lento al paso de los amantes, nadie podía dejar de mirarlos mientras avanzaban tomados de la mano, cada beso era un espectáculo, cuando sus miradas se juntaban encontraban en los ojos del otro el reflejo de la eternidad.

Los amores prohibidos, los imposibles; siempre son dignos de remembranza, nada los dobliga ni mitiga su pasión, hay historias inspiradoras de amores que superan la adversidad y no entienden de clases sociales, de raza, de credo, y un centenar de obstáculos más, pero; en ocasiones el destino es injusto, caprichoso, y en esta oportunidad se manifestó a través de las gentes del pueblo que alzaron sus voces con furia y usando sus machetes dieron un final trágico a esta quimérica historia de amor.

Quizá la intolerancia de esta agreste población sirva como precedente para historias futuras porque, nadie tiene derecho alguno de ponerse en medio de los amantes, ni siquiera tratándose del amor entre una vieja prostituta con demencia senil y un pobre e indefenso zombie llamado Gerardo, que por segunda vez, en paz descansa. Fin.

-¡Ese cuento pendejo no vale ni vaso de chicha! no tiene sentido. Prefiero escribir algo yo ¡Me largo! Gracias por nada baboso.

-¡Desagradecido! Vaya a que lo muerda un perro ¡Leonardo güevón!

¿QUIÉN DESPUÉS DE USTED?

Un paciente ordinario al que llamaremos “Usted” ingresa desilusionado al servicio de urgencias de una clínica cualquiera, refiriendo un dolor indescriptible en el pecho producido por la inmediata ruptura con la única mujer que amara.

Luego de la valoración, el joven médico reporta normalidad de los signos vitales y apenas una leve taquicardia muy común en estos casos, le recomienda reposo y sentencia que una pena de amor nunca ha matado a alguien. Es un médico lozano e inexperto, ha de ser practicante.

El paciente se muerde los labios, pero su pena es tan fuerte que le ocupa todas sus funciones motrices, las bloquea. “Usted” no puede sentir odio hacia nadie distinto a “Ella” entonces, el joven médico conserva sus dientes.

Como el pobre de “Usted” aún no se estabiliza es remitido a consulta externa. Luego de casi una hora su nombre se menciona en el último consultorio del triste y congestionado pasillo.

Esta vez el médico es un hombre ya mayor, de barba blanca y espesa, larga cabellera, voz paternal y la mirada del viejo león de circo pobre. Éste, luego de auscultarlo le diagnostica muerte cerebral, daño irreversible de los órganos principales y pérdida significativa de la esencia vital, el alma.

El 12 de abril del dosmiltantos el paciente es dado de alta, aunque al salir se identifica con un nombre distinto al que registrara en su ingreso, ahora firma como "Nadie" o "Fantasma".

Al parecer el tiempo le alcanza para regresar a casa a reunirse con sus recuerdos, beber una cerveza con sus pocos amigos, espiar la llegada de su gran amor, despedirse de ella en la distancia, lavarse el rostro con agua caliente para esconder su llanto e incluso asiste a su propio entierro en el cementerio más barato de la ciudad.

EL SOLAR DE LOS ABURRIDOS

Una mujer muy de su casa sale a caminar las calles del centro de la ciudad queriendo sacudirse el hastío, la tristeza y el aburrimiento que la consumen últimamente. Su esposo debió ausentarse un par de meses de la ciudad por razones laborales. Esta mañana le envió un e-mail informándole que tardaría al menos 15 días más en regresar y que no podía remediar la situación de ningún modo.

Sigue caminando entre intrincados callejones y fachadas antiguas que como laberintos la van sumiendo en una ciudad novedosa y atractiva a sus castos sentidos, al final de la senda se topa con un sitio de arquitectura insensata llamado “El solar de los aburridos”. Sólo el nombre le genera cuestionamientos opuestos pues no entiende si se trata de un lugar muy aburrido; o por el contrario, el sitio ofrece alguna alternativa para abandonar ese estado.

Mientras tanto, su esposo (que mintió con un fin noble acerca de la prolongación de su ausencia) escoge un hermoso collar en la joyería del aeropuerto, esta misma noche regresará a la ciudad y espera que el mejor de los mariachis amenice una grata sorpresa para su amada compañera. Seguro será una noche inolvidable...

Luego de tontas reflexiones y tras un cálculo santurrón de las posibles consecuencias, ella ingresa en el bar que al primer vistazo del interior luce acogedor; algunas hamacas, mesas cortas de madera, cojines en el suelo por

asientos sobre la alfombra, *hookahs* por doquier, pinturas abstractas en las paredes y canción itinerante en las bocinas.

Como buena novata escoge una silla en la barra.

-¿Qué le sirvo? -pregunta amablemente el barman.

-Deme una cerveza – responde.

-¿Verde, roja, negra o amarilla? -cuestiona mientras sonríe malicioso.

Cyrene, ese es su nombre, al no entender la diferencia entre los colores y para no quedar como tonta mientras revisa lerdamente la carta de bebidas, que instantes atrás le había deslizado el barman, responde con falsa seguridad:

-Roja, por favor.

Dionisio se decide al fin por el segundo más caro de la joyería; un deslumbrante collar de diamantes y granate, piensa que su aniversario amerita una buena inversión. Como llegará cansado, contacta al mariachi por teléfono y pactan la cita. Está convencido de encontrarla durmiendo, con el rímel bajando por sus mejillas de saberlo en la distancia, de imaginar 15 días más de soledad y modorra. Su semblante cambiará cuando lo vea; se iluminará, recobrará la sonrisa. Su vuelo sale en media hora.

Casi termina la cerveza que bebe a pequeños sorbos, se siente extraña, como embriagada sin estarlo, lúcida, liviana, no acostumbra a fumar pero esta vez enciende un *Kool* mientras hace balance de su vida. Su abstracción se interrumpe exclusivamente cuando le deslizan otra cerveza roja hasta su mano, y aunque inicialmente rechaza la invitación, esa sonrisa sombría de aquel hombre de gabán negro y sombrero clásico del mismo tono, que se ha sentado junto a ella sin ser advertido, le genera un estrepitoso *déjà vu*. Acepta.

- La he observado por varios minutos. ¿Es la primera vez que viene a este sitio verdad? -indagó el del sombrero – hoy estoy buscando lo mismo que usted ¿Puedo acompañarla? -añadió.

En la distancia se puede apreciar la tormenta, el cielo nocturno se ilumina sublime con los relámpagos y él no puede resistir la tentación de fotografiarlo con su teléfono celular, pero la dulce azafata, que ya tiene algunas arrugas en el rostro, se lo prohíbe y lo invita a apagarlo. Dionisio obedece y le sonríe, pero advierte una desdicha infinita en esos ojos almendrados, aun así; no podría adivinar la razón de su tristeza.

Cyrene bebió únicamente tres cervezas y ha estado conversando un buen rato con el del sombrero negro, repentinamente se deja llevar de la mano a la planta superior, no pudo rehusarse; es posible que tampoco quiera resistirse. Ingresan en una habitación que huele a sándalo, además de otra fragancia que no puede

reconocer, tanteando en la penumbra haya la cama y se tumba en ella.

-¿Cómo le gusta más señora? -pregunta el del sombrero.

Ella sólo escucha esa voz y trata de reconocer su silueta desplazarse de lado a lado del recinto buscando en las gavetas.

-¡Estás hablando mucho hombre! Ven acá y hazme lo que quieras- responde impaciente.

Aquel tipo la desviste sin prisa y mientras le recorre el cuerpo con la lengua le va esposando las manos a la cama, ella sólo gime de placer y le suplica la penetre de inmediato, pero él se toma su tiempo.

Al llegar al aeropuerto Dionisio se dirige en busca de flores. La azafata, que se llama Colibrí, es recibida por una calle de honor en la puerta de empleados, la saludan entre aplausos sus colegas, el capitán, su asistente y algunos miembros de la junta directiva. Al fondo una mesa de plástico con varias copas de *merlot* servido y una bandeja de quesos. Fue su último vuelo y lo sabía.

Aunque solicitó a sus superiores le permitieran seguir trabajando, ellos le contestaron que la compañía era muy estricta con las políticas y ella había alcanzado la edad límite de las auxiliares de vuelo, por esto debían pensionarla. Colibrí sabe en el fondo que la echan porque perdió la belleza y lozanía de años atrás. No hay otra razón.

Cyrene nunca ha engañado a su esposo, pero ahora no puede evitar pedirle a ese sujeto, del cual no conoce ni el nombre, que no se detenga, que vaya más rápido y le suba las piernas sobre los hombros de él, para que pueda hundírsele todo. Le gustaría no tener las manos esposadas para hacerse a una almohada, morderla y no gritar tan fuerte, se siente sucia con cada gemido.

El taxi que trae a Dionisio llega a su casa al tiempo que la camioneta de los mariachis, abre en silencio y los hace seguir a la sala donde a la cuenta sigilosa de tres, empiezan a silbar las trompetas, juntos esperan que ella baje la escalera y se lance corriendo a sus brazos.

¿Qué debe hacer ahora? Tuvo que elegir hace años entre tener una familia y su trabajo, y aunque fuera una decisión durísima; Colibrí escogió la imponentia y majestuosidad del mar visto desde la altura ¿Cómo se atreven a decirle ahora que ya no volará más? Que en adelante sólo podrá repetir la experiencia si compra un boleto como todos los demás, es humillante y debe hacer sentir su inconformidad de algún modo.

Cuando termina la primera canción Dionisio se extraña ante la ausencia de su esposa, nadie podría seguir durmiendo después de tanto alboroto. Luego de inspeccionar toda la casa se da cuenta de que Cyrene no está. Paga, despide al mariachi y la llama a su celular pero el mismo repica en la sala, lo ha olvidado en casa. Indaga en vano también con familiares y amigos pero nadie da razón. Únicamente le resta esperar rogando que

nada malo le haya sucedido, ella es una mujer “muy de su casa” y debía estar allí. Será una noche larga.

Cyrene se despierta lastimada por el sol que le golpea el rostro de frente a través de la ventana, tiene una resaca monumental y su cuerpo está todo maltrecho, el culo en especial le duele mucho.

Se viste de prisa mientras llora asustada pero en silencio. La habitación es un monumento al sexo; hay mil y un juegos y accesorios eróticos: esposas, disfraces, muñecas, consoladores, decenas de menjurjes, etc. Pegada en la puerta una nota del hombre del sombrero “Gracias por tan buena noche, mujer deliciosa”.

Dionisio prepara un poco más de café para resistirse al sueño, en la línea de la policía le avisaron que debía esperar 72 horas para reportar a su esposa como desaparecida.

Ya en el taxi, Cyrene busca entre su bolso el pintalabios y encuentra la carta de bebidas que le diera el barman la noche anterior y la lee estupefacta.

Sin importar las razones por las que hoy se encuentra con nosotros “El Solar de Los Aburridos” le da la bienvenida. Para ayudarlo(a) a encontrar lo que busca y con el propósito que socialice con quienes piensan como usted lea detalladamente nuestra carta de bebidas.

Cerveza Verde: mezcla exquisita de ginebra, cerveza de raíz, jugo de marihuana y el secreto de la casa. (Al beber una cerveza verde, el barman y los demás asistentes entenderán que está

interesado(a) en probar el gran número de drogas orgánicas y químicas que tenemos a su disposición, y que desea departir con personas que buscan lo mismo).

Cerveza Roja: Amaretto, whisky, triple seco, cerveza artesanal, relajante muscular, un potente afrodisiaco de flores exóticas y un dulce narcotizante hindú. (Al beber una cerveza roja, el barman y los demás presentes entenderán que está interesado(a) únicamente en tener sexo, sin compromiso, sin límites, sin consecuencias y con cualquiera. Los ingredientes juntos de nuestra bebida harán que se desinhiba y le urja un orgasmo tanto como el aire para respirar).

Cerveza Negra: Ron añejo, jugo de cereza, arándano y vino de coca gran reserva. (Al beber una cerveza negra, el barman y los demás asistentes entenderán que está interesado(a) en deshacerse de cualquier tipo de malestar producido por el estrés, o bien liberarse del exceso de ira acumulada, tan común en nuestros días; para ello se le brindará un arma de su preferencia y así podrá asesinar del modo que le plazca a cualquiera de los individuos que tenemos para este fin, pensando en su seguridad y eficacia, el infeliz estará bien atado de pies y manos y su cabeza estará cubierta con una capucha (consulte su bolsillo antes de ordenar y no se preocupe, todos son vagabundos).

Cerveza Amarilla: Esta es una cerveza común y corriente. Tenemos una gran variedad de marcas para acertar su gusto (Al beber una cerveza amarilla, el barman y los demás asistentes entenderán que está interesado(a) en beber una cerveza simplemente sin acceder a ningún otro servicio de nuestro bar).

Si desea obtener información adicional o tiene alguna duda respecto a nuestros productos y procedimientos, por favor hágaselo saber a nuestro barman.

Disfrute de su estadía y visítenos frecuentemente.

Colibrí se levanta como todos los días a la hora acostumbrada, se baña, desayuna y se viste de nuevo con su precioso e inmaculado traje de azafata.

Cyrene llora a montones cuando termina de leer y comprende al fin lo sucedido la noche anterior. Está tan arrepentida. Su dolorido cuerpo empieza a temblar cuando se baja del taxi y nota que algunas luces de su casa están encendidas.

Dionisio está sentado frente a la ventana que da a la calle y al verla llegar corre a su encuentro, la abraza, la besa y detona en un llanto nervioso. Ella no le corresponde de ningún modo, sólo le susurra que necesita ducharse, y así lo hace.

Dionisio se pone muy pálido, siente desvanecerse, su esposa ha salido del baño y mientras se seca, nota que en una de las nalgas de su amada Cyrene está tatuada una nítida y diminuta cerveza roja.

Es hora de irse. Colibrí se dirige a la ventana de su apartamento ubicado en el quinceavo piso que da a la avenida principal. Parada sobre el marco metálico observa los carros que parecen ratoncillos desde allí.

Cyrene no para de tiritar y tartamudea tratando de justificar el tatuaje que ella ni siquiera había percibido. Dionisio reacciona como loco y golpea las paredes al son del insulto: ¡Eres una puta! ¿Cómo es que no puedes dar explicación? ¿Quién te lo ha hecho? No es posible que haya aparecido allí sin razón ¡Nunca he estado tan

decepcionado! Me largo de inmediato y para siempre, no viviré al lado de una perra traicionera... Después de empacar, llama a la aerolínea para reservar su vuelo.

Colibrí cierra los ojos, se acomoda su chaqueta roja que tanto ama y salta sonriente. Siente el viento entre sus cabellos, planea con los brazos abiertos. Todos saben que ella es del aire y en el aire está su sitio, su lugar en el mundo.

Cyrene se aferra con fuerza a las mangas del pantalón de Dionisio, pero éste se zafa y con su maleta azul atraviesa la puerta que da a la calle, un taxi lo está esperando hace varios minutos. Las nubes grisáceas empiezan a agruparse en el cielo y juntas discuten acerca del momento preciso para deshacerse en lluvia.

Cyrene queda desconsolada y se encierra en el cuarto absorta en sus pensamientos, mira fijamente el tarrito blanco de las pastillas contra el insomnio en la mesita de noche. Nunca sabrá que su esposo prefería hacer el amor a media luz, que jamás permitió que le viera sin *bóxers* y que ya no volvió a ducharse con ella porque tiene tatuadas las nalgas también, con quince indiscutibles cervezas; ocho rojas, cinco verdes y dos negras.

El trancón tiene el taxi casi detenido. Dionisio sabe que de seguir así, perderá su vuelo. Cuando le pregunta al policía de tránsito que viene caminando entre los coches estancados y sus conductores alterados ¿Qué es lo que sucede? El hombre de verde le contesta sonriente y sin

alterarse que el tráfico regresará a la normalidad, cuando levanten el cuerpo de una suicida disfrazada de azafata que está estorbando dos de los tres carriles de la avenida que conduce al aeropuerto.

LA VENTANA

Qué bella y lúgubre es la existencia. Ayer abrí una ventana para ver y escuchar a dos esqueletos conversando acerca de la vida mientras devoraban sus propios corazones. No presienten que se conocieron cuando vivían. Nunca sabrán que los dos sintieron un amor imposible hacía el otro. ¿Cómo hacerlo sin piel ni ojos para reconocerse? Tragan sus últimos rastros de humanidad, ya nada será abstracto en su ser; demasiado tarde, sólo su miserable osamenta. La culpa es del destino por caprichoso, culpables también ellos son por no observarse con los ojos del alma.

LA CONFESIÓN

Misael

Mamá siempre tiene alguna forma de hacerme entrar en razón, de decirme las cosas para que reflexione, y eso ¿de qué sirve? Sé que no tiene la culpa, sólo quiere sentirse orgullosa de mí. No estaría mal que en alguna entrega de boletines por fin le dijeran -señora Amalia, su hijo ocupó el primer puesto en el periodo y superó los problemas de convivencia que tenía. ¡Felicitaciones!-. Posiblemente eso nunca pasé. Tampoco me interesa ser el *nerd* del salón.

La profe Cecilia siempre encuentra las palabras para animarnos, me gusta porque es frentera y cuando habla lo hace sin tapujos, sé que nos quiere. Ojalá se pudiera decir lo mismo de otras profes que ni siquiera se esfuerzan en disimular que nos odian, casi siempre están de mal humor y no se les puede llevar la contraria porque se trasforman en mandriles rabiosos.

¿Hay algo peor que los lunes en la mañana? Creo que no. Parezco un zombie.

De vuelta al colegio a hacer más de lo mismo, en octubre y noviembre uno está entre la desazón que produce la monotonía de las clases y la nostalgia de saber que en uno o dos años todo cambiará; los que hoy son mis amigos mañana serán extraños, seguiré en contacto con algunos, pero no será lo mismo. Quizá nunca vuelva a ver a Clara, ni reúna las fuerzas para confesarle lo que siento. Supongo que ella es lo único bueno de los lunes.

Clara

Otra vez voy tarde, el coordinador me va a vaciar. Algo se me ocurrirá cuando llegue, además también olvidé traer la circular firmada. Mala forma de iniciar la semana. Cuando uno está de malas, está de malas.

Las mujeres deberíamos entrar un poco más tarde al cole. Un hombre se demora 15 minutos bañándose, vistiéndose, alistando y desayunando; en cambio nosotras...

¡Qué día tan hermoso! Deberíamos sacar los puestos y hacer clase en el parque, o a mitad de la avenida, no importa. Las flores están ansiosas de brindarnos su fragancia, los árboles de que los abracemos. También sería bueno algo de música, hoy quiero "*Rock and Roll*".

Como lo predijo Santa Clara; ya cerraron la puerta. A alistar la agenda y prepararse para el regaño. Igual nada ni nadie me va a poner de mal genio hoy.

Misael

Clarita también llegó tarde ¡es tan hermosa! Y yo tan cobarde. ¡Maldita sea! Debería levantarme, dirigirme hacia ella, ponerme de frente, mirarla a los ojos, tomarle ambas manos y decirle: Clarita, perdona que te aborde de esta manera pero hay algo que debo decirte y si no lo hago me ahogo, tengo un taco en la garganta y un concierto en mi pecho. Nos conocemos hace mucho y siento que un buen amigo debe hacer frente cuando se le

necesite. Clarita, ese *man* con el que andas no te quiere, creo que ya lo sabes o al menos lo presientes, te tiene como un trofeo para exhibir, aún no sabe que eres única, desconoce que eres como una *Hershey* en medio de mil chocolates amargos, como un rayo de sol que calienta en las mañanas. Pensarás que estoy loco por decirte estas cosas pero hay más. Cada vez que te me acercas empiezo a temblar como un tonto y tartamudeo, o me quedo paralizado, mi corazón se pone a mil. Clarita, no hago más que suspirar cuando veo tus fotos y sonrío como un idiota si me miras. Entiendo tu sorpresa, pero hace rato que siento estas cosas, hace rato que estoy enamorado de ti, y eso que yo no creía en esa mierda, pero contigo es diferente. Por ti podría cambiar y ser un caballero o un guerrero que defiende a cualquier costo a su dama. Sería *Wolverine*, o quien te dé la gana. Sueño contigo en las noches y anhelo besarte como nunca he querido algo en la vida, quisiera acariciarte y no dejar rincón de tu cuerpo sin recorrer... ¡Ay Clarita si supieras que a mi lado sabrías lo que es la alegría!

No sé porque pierdo el tiempo pensando en estas pendejadas si no soy capaz, soy un güevón, un cobarde, una gallina. Siempre a la espera de una oportunidad que no se da y si se diera... no sé si tendría el valor. ¿Vale la pena arriesgarse? Preferiría quedarme callado a que cuando le confiese lo que siento, me rechace y pierda su amistad para siempre.

Clara

Misael también llegó tarde, al menos no soy la única. En qué estará pensando, es un chico medio raro... ¡pero es lindo! además de buen amigo. ¿Debería acercarme y hablarle? No quisiera incomodarlo.

Misael

¡Vamos Misael! Basta de pendejadas. Mejor un rato colorado que pálido toda la vida. No hay nadie más aquí, este es el momento. Sé valiente hombre, además creo que me está mirando. ¡Ay Clarita, qué manera de mirar!

Sin rodeos, voy me paro de frente, la miro a los ojos, le tomo las manos y le digo que la quiero. Este es el momento.

Clara

Me está mirando, me sonrió. ¿Será que le gusto? Mmm no creo, ya me lo hubiera dicho o habría dado pistas. De veras que Misael es bastante extraño; con los amigos se ve bastante alegre y relajado, de vez en cuando los profes lo regañan por cansón, pero cuando nos encontramos es un témpano de hielo, no me dice nada y si me dirige la palabra es sólo para hablarme acerca de tareas y cosas del colegio ¡Cómo detesto que haga eso! ¿Será que no le gustan las mujeres?

Misael

A la cuenta de 10 voy y me confieso ¡Ánimo Misael! De frente y sin rodeos, no la vayas a hablar de otra cosa. ¡Valiente! 10, 9, 8, 7...

Clara

Como dicen por ahí, si la montaña no va a Mahoma, Mahoma va hacia la montaña. Me sentaré a su lado a ver qué pasa.

- Hola Misael.

- Hola Clarita.

- ¿Cómo te ha ido?

- ¿Bien y a ti?

- Bien.

- Clarita ¿Puedo hacerte una pregunta?

- Sí Misael, dime.

Hay un breve silencio que parece eterno, Misael toma una bocanada de aire, aprieta los puños y dice.

- mmm Clarita... ¿hiciste la tarea de Español?

DESENCUENTRO

“Amor es un fuego escondido, una agradable llaga, un sabroso veneno, una dulce amargura, una deleitable dolencia, un alegre tormento, una fiera herida, una blanda muerte.” Fernando de Rojas.

“Ahora yo no sé si vas a poder leer esta carta, pero igual siento como una necesidad de decirte que yo contigo he sido más feliz de lo que en los libros dice que se puede.” Eduardo Galeano.

Ella encuentra graciosa la escena. De seguro su rostro cambiará cuando él le revele el motivo de este encuentro tan repentino.

No es el amor un sentimiento que pueda definirse con exactitud; el sustantivo mismo es inválido para atribuírsele a alguna persona y ser entendido del mismo modo por otra. Él sabía que era abstracto, o eso comentaba los textos especializados, luego comprobó lo contrario al conocerla.

Había deseado encontrar a alguien que compartiera sus gustos, miedos y anhelos, alguien que entendiera los distintos comportamientos humanos, las causas, y en especial, las consecuencias de entregar las escrituras de su corazón.

Interpretaba cada mueca que ella pintaba en su rostro a la perfección; tenía siempre un beso listo para aliviarla, una flor para ruborizar sus mejillas y un chocolate fundido en su maleta para lamer sus tristezas. Según el diccionario de la RAE en sus cuatro primeras acepciones, y acorde al más sentido verso del poeta que extraña con

furia a quien se encuentra en la distancia, padecía de amor, de amor crónico, frenético e irreversible.

Pocos meses después entendió, por motivos ínfimos pero concluyentes, que su sentir no sería correspondido (o al menos no del modo deseado) y decidió deshacer su promesa de adhesión. Dejar de ver a la que creyese timonel de su maltrecha balsa, compañera eterna y musa de sus pensamientos.

Quiso llamarla y dejarle escuchar una de tantas canciones que dicen adiós en sus letras, intentó avisar a una amiga en común para que transmitiera su mensaje, hasta pensó en pintar un grafiti en la puerta de su casa, pero ninguna de las opciones lo satisfizo. ¿Cómo decirle a quien se ama de modo tan intenso que ha llegado la absurda hora de despedirse? ¿Por qué incluso el amor tiene fecha de caducidad en estos tiempos?

Ella lo quería como a nadie, si sólo lo hubiera demostrado de una manera distinta, si él hubiese sido más paciente, si el amor no se pareciera tanto al amor.

FINAL 1

Como no tendría el valor necesario para hablar con ella le envió un mensaje de texto solicitando pronta audiencia.

Quería verla de nuevo siquiera un instante, así que decidió esperarla. Desató los cordones de sus zapatos, ató la butaca de madera, sobre el que estaba risiblemente

parado, al picaporte de la puerta que abría hacia afuera, y aguardó tranquilo.

Ella abrió la puerta ante la afirmativa de su anfitrión, halando así el banco de balso y activando la sentencia.

Él creyó que alcanzaría a gritarle, antes que la sog a lo ahorcase ¡te amo, y contigo he sido más feliz de lo que en los libros dice que se puede! pero no le dio tiempo. Se conformó con breves segundos de hermosa contemplación.

FINAL 2

Como no tendría el valor necesario para verla a la cara, decidió devolver en una bolsa de plástico todos los presentes que ella le había obsequiado; un no tan oso de peluche de Taiwán, una botella de cerveza sin abrir, una pulsera de plata, una argolla del mismo material grabada con sus nombres, muchas tarjetillas, envolturas de bombones que no sabía por que conservaba, fotografías y una carta de despedida que nunca podría demostrar el dolor que sentía.

Regresó a su casa a quemar cuanto verso le había escrito. Mientras fumaba uno de los cigarrillos que por recomendación le contraindicasen los médicos, puso algo de música suave a sonar y se entregó irremediamente al tan necesario llanto.

He aquí los dos finales posibles de aquel desdichado, sólo uno de ellos es real, el otro es producto de la imaginación del autor,

usted podrá aventurarse y adivinar ¿cuál es cuál? O aceptar el que su instinto le avise... en cualquiera de los dos casos; él ya está muerto.

SIN REMITENTE

¿Extraño encontrar un sobre cerrado al lado de la cama? Creo que sí, pero más extraño aún que al abrirlo descubra que la carta está dirigida a mí ¿Un homónimo quizá? ¡Imposible! No hay tocayo conocido. ¿Algún malentendido? ¿Por qué molestarse entonces?

¿Qué ocurrió anoche? No lo recuerdo. Esta resaca debe ser producto del vino, hay un balín en mi cabeza y se activa cuando me muevo.

Es una carta. Una carta de amor, de amor y odio. De amor, porque en la primera línea puedo leer, a pesar de este dolor de cabeza tan intenso que me obliga a entrecerrar los ojos, “Querido Alfonso Grome”.

Deducir que también es una carta de odio es sencillo teniendo en cuenta el resto de su contenido. Improperios, maldiciones, amenazas, reproches, verdades incómodas, acusaciones injustas incluso. Hay tres párrafos extensos dedicados a enumerar mis defectos. Está bien escrita la misiva, hay que reconocerlo. Finaliza con un “Imbécil, no eres nadie y nunca te querrán. Adiós”.

Ahora estoy angustiado y enguayabado. Empiezo a barajar nombres en orden alfabético: Alejandra; la puta, Andrea, Cristine, la ilusa Cristine, Gabriela, Helen... me detengo un instante, asqueado por el sabor del *Bonfiest* bajando por la garganta, bebo sólo la mitad. Ya casi es medio día.

Katherine podría ser, Lilith, Lola la culona, y hasta rima, María... vuelvo a leer intentando reconocer la remitente y así finaliza la búsqueda. Ya me siento un poco más lúcido. He reconocido el estilo y el tipo de letra. No hay duda; es la mía, mi letra. Anoche me escribí una carta. ¡Soy patético maldición!

PENONÓN

Alfonso, que no es muy diestro con el licor, le pide al barman un tequila doble, luego un vodka, un Bailéis, ginebra, cabeza de jabalí, una cerveza azul e invierte el dinero restante en media botella de aguardiente para beberla camino a casa.

Sólo advierte el estado de alicoramamiento tan alarmante en el que se encuentra al descender del asiento de la barra, pero sonrío; algo trama.

Como vive muy cerca del bar y aún no consigue su cometido decide ir a pie mientras bebe directamente de la botella.

Han pasado algunos meses desde la ruptura, Alfonso todavía no lo asimila pues no lo entiende, no lo cree. Esa mujer, no obstante; lo gobierna sin saberlo, y esa pena de amor, que más bien es un ¡penonón! se le agarró a las entrañas tan fuerte que duele. Él intenta aliviarse con otros besos, en otros lechos, pero nada funciona.

Alfonso está temeroso ya que la borrachera no consigue tumbarlo y se le terminó el dinero. En su interior, el cerebro ya no puede dar órdenes y se sumerge en la fantasía, el estómago se le revuelve iracundo, la pena carcajea orgullosa, luego se sabe infalible en tan lamentable estado.

Faltan dos sorbos para que se termine y ya tiene que sentarse en la banca del parque, pues aunque las piernas

le responden, no coordinan. Entonces se tumba; a ver qué pasa.

¡Oh suerte! ¡Oh desgracia! Por alguna razón, Alfonso está embadurnado de caca, al parecer de perro. ¡Ojalá sea de perro! en el pantalón, los zapatos, las manos, y sólo lo advierte hasta el último trago.

Eso es intolerable, sin embargo el vómito acude en su auxilio. ¿Cómo puede traspasar tanto? Y continúa haciéndolo, por un buen rato. Eso sí ¡pura agüita!

En medio del charco hediondo yace la pena derrotada, se siente muy ingenua al advertir que todo estaba previamente concebido por Alfonso, devolvió las tripas, y las uñotas que tiene el penonón fueron insuficientes para agarrarse. Allá está nadando, pataleando ¡qué escena tan penosa!

Alfonso sonrío satisfecho y a la mañana siguiente, para lidiar con el tremendo guayabo pomarroso le agrega a un vaso de agua dos *Alka-zeltzer*, limón, una copita de brandy y una pizca del recuerdo de unos malditos ojos felinos y el rostro de diosa que ya casi no le duelen.

LA HORA TRECE

Una fisura casi imperceptible tal vez producida por un anillo de acero a la altura del rosetón podría romperle la quinta, ella lo nota aterrada pero pronto entiende que perder una cuerda sería la menor de sus tristezas, aun así, lo mejor sería que nadie se le acerque, que no la toquen; aunque su semblante demuestre lo contrario.

Son tantos años sin recibir una caricia, casi olvidó los surcos de esas manos depravadas; que aunque rústicas y ásperas, conocían la vía mejor al orgasmo, al nirvana. El viejo reloj cucú, sin cucú, que hace mucho tiempo está justo en frente, pronto marcará mil y una lunas desde la última ocasión en que el de los pantalones grises la cargó en sus piernas.

Viajó en avión atravesando el mar y cuando lo sacaron de la caja de madera acolchada estaba adornando la sala de una feliz y joven pareja. Años después, cuando su cucú ya no quiso salir más, lo abandonaron en el sótano.

Él prefería estar abajo, no tendría que soportar de nuevo el maltrato de los chiquillos del vecino, infantes malandrines que tallaban sus costados con palabras obscenas, ni los reproches que le hacían sus dueños cuando al mirar su hora descubrían lo tarde que estaba.

Nunca entendió los motivos del pajarillo que vivía en su vientre, quizá presenció algo que lo atemorizó, o está triste, o simplemente se sintió cansado y dejó de salir a pintarle una sonrisa.

Cucú, cucú ¿por qué no sales ya?

Cucú, cucú ¿durmiendo estás?

Desde su lugar privilegiado en ese cuarto casi inédito, presenció el envejecimiento de esa preciosa guitarra. Sabe de sus ansias y se compadece de ella, por eso odia al ingrato que hace casi mil y una lunas la colgó en el muro privando a esa casa enorme de sus exquisitos y sentidos acordes.

La vida es injusta y muy temprano el de los pantalones grises enviudó. Renunció a su trabajo, a sus amigos y a su amada guitarra, la cual no volvería a tocar jamás en señal de duelo. Encerrado en su habitación no reconoce la ida o llegada de los soles.

Quisiera que la toque cualquiera, pero ella no es una cualquiera; es una guitarra acústica de bellas formas y colores. Suspendida en aquel muro aguarda esperanzada a que Alfonso la descuelgue y juntos interpreten de nuevo las canciones de Frank delgado, Carlos Varela, Filio, Silvio y Pablito. ¡Qué importa si se rompe su quinta cuerda! Seguro podrá ser reemplazada. Confiada está que pronto escuchará los pasos de Alfonso bajando la escalera, tarareando cualquier canción de la nueva trova y habrá de afinarla, manosearla y acabar cada movimiento con un beso sobre sus trastes; como antes.

Fueron años sin sentirlo, pero ahora lo escucha respirar, sabe que dentro de él aguarda un ser que paciente reúne fuerzas para un último y placentero cucú.

Lo que desconoce la guitarra es que a veces Alfonso baja al sótano y la observa nostálgico, no hace ruido y luego de llorar algunos minutos regresa a la planta alta, lamentablemente ella siempre se encuentra durmiendo y no se entera. Despierta en las mañanas añorando ignorante.

Es posible que el anciano deba vender su casa para seguir subsistiendo, atándose a una vida que desprecia, rogándole a su dios que pronto se acuerde de él y lo sienta eternamente junto a su esposa donde sea que se encuentre. Mientras, y para sobrevivir vende casi todos sus enceres en la casa de empeño, le quedan la cama, una olleta donde prepara el chocolate en las tardes y dos trajes grises.

Sus cuerdas están destempladas y sus trastes cubiertos de polvo ¡pero no el polvo que ella quisiera! sino el rastro que dejó el viento en casi mil y una lunas a su paso. Le bastará verlo siquiera una vez más para deshacerse plácida y realizada, quisiera simplemente tocar la canción que habla de un cuartito arriba del cielo y caer desde allí chocando contra el suelo estruendosamente. Eso estaría bien.

Alfonso busca en el ático qué más empeñar, y como no encuentra nada de valor, lamenta dirigirse al sótano con un trapito de algodón para limpiar su vieja guitarra, quizá le alcance para una botella de ron con lo que le den por ella.

Sus pasos lentos y vacilantes hacen crujir la escalera de madera al tiempo que el antiguo reloj en la mil y una luna llena marca la hora trece. El cucú sale de su guarida rompiendo la puertilla de madera antes sellada, chillando magistralmente, solemne; pleno pero agonizante. La guitarra acústica se despierta asustada por el bullicio y la mano temblorosa de Alfonso abre la puerta.

HUIDA DEL PAÍS DE LAS MARAVILLAS

Para Muse, compañera en el camino.

Muse (léase “mius” en Inglés, o “muse” en Alemán, o “Musi” en danés, o “meusa” en sueco) sale a caminar las calles de ese lugar desconocido, sin rumbo fijo, la vida, en sus cortos dieciséis años, le ha enseñado que la mejor manera de conocer el mundo es perdiéndose en él. No hay prudencias ni temores, quizá sólo un temor, sólo un temor, un temor que de momento es gobernable, de momento...

Un conejo blanco se cruza en su camino, los dos se miran como sólo pueden mirarse una niña extraviada y un conejo blanco que no encaja en esas callejuelas de piedra, lanza una moneda de centavo al aire y sin mucho entusiasmo decide seguirlo, así lo dicta el azar; presiente una treta, la puerta abierta a una nueva aventura y lo comprueba al llegar a la madriguera y caer en ella, los alimentos, las bebidas, los cambios de dimensión, de algún modo ha caído en el país de las maravillas de Lewis Carroll, pero ella se llama Muse y no Alicia, ella viste de jean y chaqueta negra con taches, no ese vestido ridículo, no quiere lidiar con liebres, ni sotas perseguidas por robar pastas, ni partidas de croquet con la reina de corazones. Hoy no quiere un cuento de hadas, ni hermosos paisajes, ni moralejas. Lo que a ella se le antoja hoy es un golpe en la cara, un desconsuelo, una lágrima negra bajando por su mejilla, una espina.

Escapa del país de Carroll destrozando las paredes con sus manos y echa a correr entre callejones estrechos buscando todo el sufrimiento que la vida pueda brindarle, tiene mucha sed y sólo podrá saciarse con un trago de cicuta.

Un ser sombrío como murciélago hunde sus colmillos en el lindo cuello de una inocente, ratas miserables despojan del reloj a un señor de traje que ahora ya no llegará puntual a ningún sitio, los mirones como sapos, no pierden detalle del crimen, pero tampoco mueven un dedo para evitarlo. Fieras salvajes, burros de carga, loros que repiten palabras sin comprenderlas, aves de carroña, perras en celo, lobos inquietos que le aúllan a la luna sin que esta les responda, los ojos del chacal que vigila en la penumbra. Está en el sitio correcto y es hora de buscar su cruz.

Como no hay mejor sitio para envenenarse que un bar, Muse entra en el que a su parecer tiene el aspecto más extraño, se llama "El solar de los aburridos". Todas las almas en su interior parecen tan ensimismadas que decide sentarse en la mesa de un rincón oscuro desde donde puede ver todo el lugar a la perfección y deleitarse con el espectáculo humano. Pide una cerveza verde, una hookah; fuma algo de *Purple Haze* mezclado con esencias que le recuerdan otros sitios muy distintos a ese y le brinda la primera bocanada a una buena imitación de Dalí en la pared.

Un hombre llora en el otro extremo del bar, no le importa que lo vean así. Bajo la pintura de “Mujer soñando con la evasión” de Miró, hay una mujer soñando con evadirse, deja su cerveza a la mitad, paga y se va sonriente. En el centro hay un grupo de turistas balcánicos apuntándose entre sí con sus Berettas, no hay odio en el tono sus voces, de hecho se miran con dulzura, el clic del gatillo, sin bala que acuda en su auxilio, les brinda otro día más de vida.

A Muse le encanta suponer las historias de los individuos que observa e imaginar sus posibles desenlaces, a veces se acerca a hablarles para despejar sus incógnitas pero casi siempre resulta defraudada, piensa que la vida sería más interesante si Dios leyera a Cortázar.

La yerba empieza a surtir un efecto tremendo, le parece que en la barra está sentado el gato de Cheshire y no le quita la mirada de encima, esa sonrisa la mortifica y prefiere desviar sus ojos a “El suicidio” de Manet, que está cerca de ella, por unos minutos se pierde en la pintura mientras una melodía de Omar Camino endulza el aire:

*“Desde que fui adolescente,
costumbre tengo de buscarme,
y en este querer ser uno,
no ha muerto el sueño de hallarme.*

*Para no andar por el mundo
con dudas y contradicciones,*

*hablando sin expresarme,
me busco y busco mis razones.*

*Me busco frente al espejo,
en el alma de esta, mi mirada,
en el silencio, en la nada,
de pe a pa bajo el pellejo.*

*Cuando más cerca me siento,
cuando estoy a punto me hago un quiebre,
hay cabos que dejo sueltos
y gatos que me doy por liebres.*

*Y así, en calidad de no habido,
me da por ocultar mis ausencias
y acabo por hablar de lo vivido
el tiempo que he buscado mi presencia.”*

El que estaba sentado en la barra camina hacia ella con una cerveza roja en la mano, pero a medida que se acerca empieza a perder sus facciones de gato, ahora sólo es un ser ordinario de barba espesa, gabán negro y sombrero clásico del mismo tono.

-La he observado por varios minutos y aunque nuestras pretensiones sean distintas creo conocerla. ¿La he visto en otro sitio? Sus labios, sus ojos y su cabello me resultan familiares. Pudiera estar confundiénndola, pero creo saber quién es usted.

-Yo a usted nunca lo he visto.

-Posiblemente sí, también soy un fugitivo, huimos de un mundo maravilloso donde nuestros destinos ya estaban escritos, ambos detestamos el confort y los finales felices, entendimos, que de algún modo, para bañarnos con el sol debemos antes sentir la lluvia ácida en la cara, de lo contrario, no entenderíamos su magnificencia. También huyo de lo que la sociedad espera de mí, en alguna parte de la historia dejamos de vivir nuestras vidas, de soñar nuestros sueños, ahora debemos ser según lo dicta la moral, ya sabe que nuestra moral está basada en la religión, no podría dar razones en contra de ella que usted no sepa.

-La religión es un negocio que poco o nada tiene que ver con Dios.

-Exacto. Por otro lado, ¿Desde cuándo parece mediocre y tonto el soñar con una casita en el campo y vivir de lo que la tierra produzca? ¿Por qué si caminamos en dirección contraria a los demás se nos tacha de locos, de rebeldes sin causa? Si nuestra causa es vivir, ser felices en la medida de lo posible y lo imposible ¿No es la mejor de las causas? Usted huye como yo, de la promesa de un paraíso después de la muerte y un precio impagable para entrar en él. Y sobre todo, huye de ese único miedo que no pudo gobernar ¿Me equivoco?

-No sé de qué me habla y ya empieza a fastidiarme.

-Por supuesto que lo sabe, y si así no fuera, lo averiguará esta noche.

-¡Váyase por favor!

-Claro que lo haré, pero antes permítame hablarle por última vez, si eso es lo que al final decide, permítame que le revele el futuro. Usted bien puede regresar por donde vino y mofarse de que estuvo en la zona oscura de la ciudad sin ser violentada y contar todo lo que aquí vio, puede regresar y elegir entre sus pretendientes el que considere corresponderá de mejor forma a sus caprichos, puede levantarse en la mañana a revisar fotos del pasado y preguntarse ¿Qué hubiera pasado si...? Suspirará profundo al escuchar esas canciones que hablen de nosotros ¿O acaso cree que es casualidad que nuestros caminos se hayan cruzado esta noche? Puede regresar a sus mundo y conocer personas que dejarán su huella en su ser, pero no podrán destrozarla. Puede decir adiós en este momento ¿Tal vez también le tema a eso verdad? Esa palabra es definitiva, cierra cada puerta y cada ventana. No tendría que volver a verme.

Muse gira su cabeza bruscamente en dirección contraria al del sombrero y cierra los ojos, aprieta la boquilla de la hookah con fuerza. Busca respuestas en su mente que sólo hallará en sus entrañas.

-En cambio, y ya casi estoy terminando, puede seguirme cuando haya cruzado la puerta de salida y lanzarse a lo incierto. No puedo prometerle prioridad eterna, sabemos que incluso el amor tiene fecha de caducidad. Sí puedo, en compensación, darle sin cadenas mi contrato de exclusividad. No puedo prometerle amores como en las

canciones de Montaner y Franco de Vita, sí el “Contigo” de Sabina. ¿Ha escuchado la versión de Niña Pastori? Puedo prometerle todo el sufrimiento del mundo, todo el llanto, la discordia, los celos, la envidia, el silencio que trae una pena no compartida, el desacuerdo y el enojo, el extravío, el desconsuelo, el tedio que produce la costumbre, puedo prometerle la pobreza, el hambre, el frío y la enfermedad, este y peores escenarios puedo prometerle. Las cosas buenas serán ganancia; sólo eso. No le ofrezco excusas y sí quise molestarla. Hasta pronto.

-Aún no sé su nombre.

-Se lo digo afuera- responde con una débil confianza en la voz y se marcha del bar sin pagar, sin mirar hacia atrás.

Muse se muerde los labios, cierra los ojos y nota que de repente, como en el final de las Noches Blancas de Dostoyevski, las paredes del bar empiezan a perder su lustre, a ajarse; y las telarañas agrandan su dominio, cada cuadro empieza a derretirse, la yerba se termina y la cerveza le sabe a meada. Su corazón se acelera, la canción que habla de adioses y bienvenidas sale por las bocinas y se cuela por sus poros, su cuerpo tiembla al meter la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacar el centavo que ahora y para siempre permanecerá dando vueltas en el aire.

LA FOTOGRAFÍA

I

Él llega temprano a la cima del desfiladero, luego de unos minutos se repone y aprecia un extenso barandal con rejas amarillas de un metro de altura. Sonríe al ver escrito con muy mala ortografía la señal de precaución pintada a mano en un trozo de madera podrida ¡Cuidado al azomarce!

Cuando pasa sus manos por el barandal siente un vértigo placentero, contempla la majestuosidad del paisaje y lanza un grito sordo e incomprensible esperando que el eco le conteste pero nada sucede.

II

Un grupo de turistas llega al medio día, la mayoría con los cachetes rojos a causa del frío imperante de la región. Hablan en una lengua que él no comprende y se ahogan cada vez que ríen. Todos lo ignoran, salvo una joven muy blanca de ojos grises, shorts de jean y sombrero de paja que quizá compró en el pueblo a los indígenas del mercado. No deja de mirarlo.

El guía del grupo, un mulato alto y flaco da la señal de retirada y todos disparan sus cámaras de nuevo antes de retirarse. La joven camina en dirección de Alfonso con su cámara profesional colgando del cuello y le pregunta

-¿Puedo fotografiarlo?

Alfonso hecho un mar de nervios asiente con la cabeza, luego toma aire mientras aprieta los puños y le responde temerario:

-¡Tómala pronto que es la última!

-¿La última qué? Pregunta ella confundida.

Alfonso mirando en dirección del precipicio le contesta absorto -La última fotografía que podrás tomarme con los ojos abiertos.

- Me llamo Romina. Mucho gusto.

III

De nuevo está solo, destapa otra botella de ron y brinda con el horizonte aún despejado, que sólo por hoy, tiene nombre de mujer.

Pronto se siente muy embriagado y decide dormir un rato. Sueña tres veces, cosas muy extrañas, primero que es un pájaro eunuco piloteando las colinas de su valle natal, se posa en los arbustos de agosto y le trina a la luna. Luego sueña que está con ella, con Angie, su único amor, están cenando en un buen restaurante de comida oriental, ella se ve feliz en su sueño, luego empieza a desvanecerse y Alfonso no puede impedirlo.

-¡Despertá hombre, abrí los ojos! Romina es quien lo está llamando, lo observa con curiosidad.

-¿Parece que tenías una pesadilla eh?

-Creo que sí. Te estaba esperando.

-¿Ah sí? ¿Y cómo sabrías que volvería?

-Porque quieres tomar esa foto.

Romina suelta una carcajada frenética y palmeándole el pecho suavemente a Alfonso le responde - Ya te tomé la foto hombre ¿Acaso no lo recordás? Quedaste muy serio.

-Hablo de la otra foto ¿quieres registrar mi salto verdad?

-No sé de qué me hablás. Mejor contame por qué querés matarte.

-¿Querer? Eso suena sencillo. No es una cuestión de “querer”, es que no tengo elección.

-¿Por qué decís eso? No te entiendo.

-Nadie puede hacerlo.

-Dale querido, contame, igual y no pierdes nada.

Alfonso luego de un suspiro largo empieza a buscar en su mente las palabras que expresen su sentir y justifiquen contundentemente su acto tan radical. Para no extenderse y sin dejar de lado la solemnidad de su discurso exclama.

-¡Debo reunirme con ella de inmediato!

IV

El tercer sueño que tuvo Alfonso fue el más extraño; soñó que el poeta Virgilio lo recibía del otro lado de una gran puerta de marfil con aldaba de bronce en forma de cabeza de león.

-¿Sabes por qué estás aquí? Preguntó Virgilio.

-Sí lo sé -respondió Alfonso en tono pesimista-. He llegado al infierno porque elegí suicidarme en vez de esperar por una muerte natural, que es el deseo y la voluntad de Dios.

Virgilio lo observó detalladamente de pies a cabeza y le habló con ternura:

-Ni estás en el infierno, ni existe ese dios en el que en vano creíste.

-Entonces ¿qué ocurrirá con mi alma? ¿Qué lugar es este?

-Cuestionó el aterrado Alfonso perdiendo el aliento.

-No tienes un alma porque tal cosa es un invento del hombre. Sí te lanzaste de aquel risco pero tu cerebro aún no ha muerto, eso sucederá en algunos minutos. Después no hay nada, serás abono del cementerio, el tiempo se encargará de tus restos. Yo, por otro lado, no soy más que una proyección de tu mente, soy lo que quisiste ver en tu agonía.

-¡Qué decepción, maldita sea! -Alegó Alfonso- bríndame un trago.

V

-¡Qué atardecer más bello!

-Sí.

-¿Por qué no le tomas una foto a la estela naranja que se ve sobre la montaña?

-Lo haré

-¿Ves aquel pino sobre la colina?

-¿El que está solo?

-Ese mismo. Está muriendo, ya casi no le quedan hojas, cuando vengan las tormentas se acostará sobre las flores para siempre. Obsérvalo bien ¿no crees que es hermoso? Pareciera que su único propósito en este mundo fuera estar aquí y ahora para ser fotografiado. Debes capturar la belleza de su muerte. Cuida el zoom.

-Hecho.

-Sé que estás ansiosa pero no hay razón para que te sientas así, cuando vaya a lanzarme te avisaré para que estés lista.

-No me interesa fotografiarte. ¡Dejate de pavadas! Además ¿Qué haría con ella?

-Seguro ya la tienes en modo ráfaga y tomarás varias, escogerás las mejores y las exhibirás en una galería y ganarás mucho dinero. No es un evento registrado usualmente.

-¿Entonces piensas que soy un monstruo?

-No hablemos más de eso ¿Haz amado alguna vez?

-Por supuesto, muchas veces.

-¿Y es que se puede amar más de una vez?

-Las que sean necesarias.

-¿Necesarias para qué?

-Para saciarse.

-¿No es un pensamiento egoísta el tuyo?

-El egoísmo es la clave de la felicidad, primero debés pensar en vos, y luego también.

-Tal vez tengas razón, aunque yo no pienso así.

-Y por eso te va como te va querido.

Alfonso reflexiona un momento ¿encontrará el alivio que busca en el fondo del precipicio? ¿La muerte es el final o sólo un paso ascendente? Respira profundo y sin estar muy convencido se sube a la baranda metálica a la vez que pregunta como pidiendo auxilio.

-¿Vale la pena morir por amor?

-Hay amores que matan. Romina retira la tapa del objetivo. Hay amores que matan Alfonso.

VI

Han pasado algunos meses desde aquella tarde, el viento sigue meciendo las flores del campo a su antojo, sirve de puente a las palabras de amor y odio, del mismo modo se las lleva. Carga las nubes de promesas sin cumplir, de verdades a medias, silba canciones de amores fugaces y de amantes eternos. El viento es un mensajero, pero también un profeta. El de hoy es un viento que anuncia tormenta. Romina Cavenaghi está inaugurando en New York su exposición fotográfica “De la muerte, el amor y otros sinónimos” donde 13 fotos del suicidio de Alfonso son el centro de atracción y han recibido las mejores críticas de los expertos, además, por supuesto, de significarle una considerable suma de dinero por su venta.

Cuando le preguntan acerca de la historia detrás de las fotografías ella finge tristeza y cuenta cómo una tarde de noviembre conoció a un hombre llamado Alfonso en un desfiladero que le narró la historia de un amor imposible y saltó en vuelo suicida a pesar de los constantes intentos de su parte por persuadirlo. Califica como una casualidad del destino el que ella haya tenido su cámara encendida y en modo ráfaga para poder capturar esa escena tan lamentable. De vez en cuando deja escapar una lágrima para conmover a quien la escuche. La gente opina que es una artista muy afortunada, pero sobre todo, muy sensible. Antes de saltar, Alfonso sacó de alguna parte el retrato a blanco y negro de una mujer hermosa, que recostada sobre su mano derecha le mira

sonriente (Alfonso piensa que lo mira a él) su cabello que como una ola apacible baja por su mejilla, enmarca unos ojos felinos por los que bien vale la pena lanzarse a volar sin alas.

CUANDO YA NO PUEDAS MASTURBARTE CON SU RECUERDO

Fue una relación muy corta, una relación extraña. Él nunca dijo “te amo”, sin embargo; Camila lo dio por supuesto. Él nunca le compró chocolates y ella se empalagaba con sus palabras de viento y Nutella.

-Se siente bien caminar por aquí con vos ¡Una chimba!

-Yo no quisiera estar en otro sitio, ni con nadie más, me llenas el alma y me pones soñadora.

-¿Cine?

-Sí, ya salió la nueva de Almodóvar.

Cada amanecer en pareja (al principio) se pinta de colores hermosos en los techos de las edificaciones vecinas, que sólo hasta entonces pueden apreciarse, el sol golpea los ventanales iluminando sus rostros. Después de apreciar el espectáculo, Camila acomoda su cien en el pecho de él. Clava sus uñas en el hombro tatuado y suspira.

- ¿Tienes prisa?

- Me voy a las siete, falta una hora.

- ¿Repitis?

- Sí.

- ¿Te cojo en cuatro?

- Rico.

- ¿Te montas?

- Sí.

- ¿Ahora por atrás?

- Si quieres...

- Enciéndeme un *Belmont*.

Como es usual, el tedio y el desinterés se asomaron por la puerta. Él se sintió muy seguro, como quien posee una bailarina de porcelana guardada en un baúl. Camila supuso que nadie más podría fijarse en ella y esperaba aletargada un vuelco magnífico de los sucesos, a que su dios o el destino le dieran una señal.

Algún tiempo después ya habían terminado. Él prefirió a otra con más tetas, Camila se quedó viendo un chispero y prometió no volverse a enamorar. Cumplió.

Él se sintió satisfecho al principio, pero su aventura no terminó bien. Intentó regresar con Camila pero ella lo mandó a la mierda a comer de lo mismo. Se puso más linda, o al menos eso opinaba él, se cambió el pelo de color, terminó su tratamiento de ortodoncia y cuando atravesaba el parque hacia su casa parecía que el tiempo se detenía, a su paso, una corte de palomas pardas alzaban el vuelo en torno a ella y la brisa jugaba con sus vestidos de colores cada día más cortos. Era una hermosa fotografía, un *stop motion* de la sensualidad y el encanto.

Un día, Camila se mudó a un lugar lejano con su familia. Pasaron un par de años y su recuerdo, cada vez más impreciso, aún lo hacía sonreír, recordaba cada instante, cada experiencia vivida, cada evento traumático que lo hizo aferrarse a ella, cada descaro, entendió al fin el significado de las miradas absortas a ninguna parte. Siempre que se acostaba con otra mujer esperaba que le hiciera las mismas cosas que le hacía ella, que gimiera suavemente con los ojos cerrados y los abriera justo antes de llegar para que él se excitara más con esa mirada enardecida. Nunca una amante pudo complacerlo del mismo modo. Camila era irremplazable. El sexo ahora era no más que una convención social que le permitía distraerse. Se masturbaba usualmente recordando las noches en que ella lo esperaba con vestidos ceñidos, ligeros y luces de vela, pero de a poco, su imagen se fue difuminando como una fotografía antigua a la intemperie.

Un día le pareció verla en el J24; radiante, luminosa y bella. Se armó de valor y se aproximó vacilante, abriéndose campo en el hacinamiento usual de la mañana para abordarla en el centro del vagón. Cuando la tuvo de frente sus dudas desaparecieron, era ella. La dulce y sensual Camila. Bastó saludarla anhelante para que la historia contada en "Recuerdo" de Ismael Serrano, se repitiese. Ya no había esperanza.

Derrotado, regresó al mundo. Sin una razón valiosa para seguir viviendo, decidió suicidarse del modo más lento y doloroso que conocía... se comprometió en matrimonio

con una mujer ordinaria y llevó una vida como el resto de la gente. Se casó, tuvo dos hijos que al crecer lo abandonaron, asistió al funeral de familiares y amigos, fue puntual a los controles médicos para tratar sus achaques y ahora se levanta temprano en la mañana a suspirar cuando los rayos del sol se cuelan entre las cortinas de su habitación en el asilo.

LAS LUCES DEL MUNDO

No consigo dormir. Tengo una mujer atravesada entre los párpados. Si pudiera, le diría que se vaya; pero tengo una mujer atravesada en la garganta.

Eduardo Galeano.

Ella despierta y se encienden las luces del mundo, hace un rato que la observo fascinado; guardo una foto mental para recordar lo tierna y frágil que se ve mientras duerme. Me saluda con un beso y no puedo resistirme a al roce de su cuerpo, hacemos el amor y dejamos que él nos reinvente. Me abraza. Me abraza muy fuerte y sé que de este modo se despide. Es hora de regresar al mundo real. Adiós utopía.

Anoche fue maravilloso, cenamos, fuimos a bailar, nos embriagamos con cocteles caseros, cantamos a viva voz, fumamos, reímos; todos placeres tan mundanos y acaso fácilmente olvidables. Pero también lloró en mis brazos, no puedo revelar la razón; pero lo hizo. Las lágrimas de una ninfa.

Angie se marcha y estoy casi convencido de que la veré de nuevo, entonces ¿por qué esta angustia? ¿Por qué está agitación en el pecho? ¿Este el costo por aspirar a una mujer prohibida? Detesto sentirme así. Sé que el nuestro es un amor distinto al usual y encuentra cierto encanto en la clandestinidad pero qué sucedería si todo fuera diferente, que pasaría si...

La voz de Angie viaja entre redes de estaciones transmisoras de su teléfono celular al mío, y con un beso

me da las buenas noches, sólo así evito el insomnio.
Tontas supersticiones que ¿de cuándo a acá ah?

La vida como la conozco seguirá, el cómo poco importa,
después de pasar esta página de oro iniciará mi lento
recorrer en forma descendente.

Ella me dice “buenas noches” y concilio el sueño, sueño
con su rostro mirando el mío. Angie cierra sus hermosos
ojos claros y se apagan las luces del mundo, entonces; la
promesa de un mañana es suficiente para empezar otra
vez, para imaginar que la observo mientras duerme y
despierto de nuevo a su lado.

ÍNDICE

PRÓLOGO	2
LA CITA	10
QUE VENÍS, QUE TE VAS...	21
LA ESPERANZA	24
LA PROMESA O UNA NINFÓMANA	26
BAJO LA CAMA	27
EL REENCUENTRO	32
EL PINTOR	34
LA CITA DEL JINETE	35
LA NUEVA CASA	37
BAR	42
EKHYMOSIS	43
LOS SOÑADOS	47
BUSCANDO MASCOTA	49
SE BUSCA	53
PURSUES THE MOON	55
LA BÚSQUEDA	58

CARTA DE UN SUICIDA PARA UN SUICIDA	62
A UN REMEDO DE NARRADOR DE HISTORIAS LE SOLICITAN ESCRIBIR UN CUENTO	64
¿QUIÉN DESPUÉS DE USTED?	68
EL SOLAR DE LOS ABURRIDOS	70
LA VENTANA	80
LA CONFESIÓN	81
DESENCUENTRO	86
SIN REMITENTE	90
PENONÓN	92
LA HORA TRECE	94
HUIDA DEL PAÍS DE LAS MARAVILLAS	98
LA FOTOGRAFÍA	105
CUANDO YA NO PUEDES MASTURBARTE CON SU RECUERDO	113
LAS LUCES DEL MUNDO	117